

NUEVOS CATECISMOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA PARA LA INFANCIA: «PADRE NUESTRO» Y «JESUS ES EL SEÑOR», DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

La Conferencia Episcopal Española ha publicado recientemente dos nuevos Catecismos de la Comunidad Cristiana para la infancia:

— «Padre Nuestro». *Primer Catecismo de la Comunidad Cristiana. Para la catequesis del despertar religioso de los niños (5-6 años)*;

— «Jesús es el Señor». *Segundo Catecismo de la Comunidad Cristiana. Para la catequesis de la iniciación de los niños (7-8 años)*¹.

Se cumplen así nuevas etapas en el desarrollo del encargo que, en 1972, hizo la Conferencia Episcopal a la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de renovar los catecismos de la iniciación cristiana de los niños². La primera etapa se cubrió con la publicación del Catecismo «*Con vosotros está*», destinado a la catequesis de los preadolescentes³.

Prescindimos aquí de la historia de la elaboración de estos nuevos Catecismos, aún considerándola de gran importancia y significación; ésta ya ha sido tratada suficientemente y de forma documental en otros lugares. Son muchos los aspectos, por otra parte, que podríamos abordar a propósito de estos Catecismos. Aquí nos vamos a limitar a una primera presentación general de los mismos; en próximos números de esta revista aparecerán otros estudios más monográficos.

1 Ambos publicados en EDICE. Editorial de la Conferencia Episcopal Española (Madrid 1982).

2 Para toda la parte histórica y documental, cf. *Actualidad Catequética* 110 (1982) 593-627.

3 Conferencia Episcopal Española, «*Con vosotros está*». *Catecismo para preadolescentes* (Madrid 1974).

I. CATECISMOS BASICOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

a) Por obvio que parezca, hay que decir, en primer lugar, que estas dos publicaciones son unos *catecismos*; en cuanto tales, son instrumentos para la acción catequética, publicados por la jerarquía eclesiástica en el ejercicio de sus funciones más propias. «Su fin es proporcionar un compendio práctico de los documentos de la revelación y de la tradición cristiana y los principales elementos que deben servir para la actividad catequística, es decir, para la educación personal de la fe»⁴.

Son instrumentos que no sustituyen, en absoluto, la acción catequética concreta; al contrario, la reclaman. Los catecismos no son la catequesis en acto, sino que están a su servicio. Son «manuales», que ponen al alcance de la mano las principales fuentes de fe en relación con la edad determinada a la que se dirigen; manuales que exigen, para desarrollar toda su riqueza, el trabajo personal del catequista, de los niños, de la comunidad cristiana inmediata, de las iglesias locales, etc. No cierran, ni siquiera, el camino a otros instrumentos o materiales que desarrollen metodológicamente procesos catequéticos.

Dada la naturaleza de un catecismo, estos instrumentos, que la Conferencia Episcopal Española entrega a las distintas iglesias locales y a los cristianos concretos, ofrecen, consiguientemente, posibilidades de adaptación a las situaciones socioculturales y religiosas plurales de los niños, conforme a las iniciativas pastorales de las diócesis, regiones, parroquias, grupos de catequesis, especialistas en el campo de la pedagogía catequética, etc. Es importante señalar ésto, dado que no es infrecuente confundir «catecismo» y «catequesis».

El fondo, los contenidos, la perspectiva catequética y la orientación de estos Catecismos que presentamos, por acuerdo de la Conferencia Episcopal, son normativos para la Iglesia en España. Su aplicación, sin embargo, será plural, según las orientaciones que los Obispos den para su utilización en sus respectivas diócesis y conforme a las necesidades reales y diversas donde estos Catecismos sean incorporados a la acción catequética concreta.

Los nuevos Catecismos no prefijan un itinerario catequético determinado, sino que exigen elaborar cuantos itinerarios sean precisos para que la «entrega» de la fe eclesial, que con ellos se transmite, pueda llegar de una manera efectiva a los catequizandos. También hay que señalar, por otro lado, que no todo itinerario será válido si no es fiel a lo que estos Catecismos transmiten e inspiran. Publicados, pues, los Catecismos, queda ahora la tarea de elaborar diversos itinerarios catequéticos apoyados fielmente en aquéllos.

4 DCG 119.

b) Es necesario señalar, en segundo lugar, que se trata de Catecismos *de la Comunidad Cristiana*. Esto comporta diversas aclaraciones. Una inmediata es que están orientados a la catequesis o a la iniciación cristiana en el seno de la comunidad eclesial. No son instrumentos para uso escolar, aunque la enseñanza religiosa escolar, por su misma naturaleza, haya de tener muy presente la entrega de fe que hace la Iglesia en estos Catecismos.

Otra aclaración: con estos instrumentos, los Obispos españoles, primeros responsables de la fe y de la catequesis en nuestra Iglesia en España, «hacen entrega» de la fe que profesa la comunidad eclesial a los niños y a las comunidades. Los Catecismos no son ninguna imposición que coarte libertades o creatividad; al contrario, por «entregar lo que se ha recibido» y constituye la identidad de la comunidad cristiana, posibilitan esa libertad y esa creatividad. Los Catecismos son un acto de Tradición viva y dinámica, que contribuyen a hacer posible el que la catequesis sea acto de tradición viva, y, por tanto, suscitadora de libertad y creatividad, siempre en la fidelidad a «lo dado e indisponible». De hecho, estos Catecismos están concebidos de manera distinta a como se concebían los catecismos no hace muchos lustros; no son, en efecto, resúmenes de teología, pequeñas enciclopedias teológicas que debe conocer todo el que se precie de practicar su fe, ni son libros de fórmulas para ser comprendidas y memorizadas; aquellos catecismos podían tener su lugar en un régimen estable de cristiandad, firme sociológicamente, en que la transmisión de la fe equivalía a un proceso de socialización religiosa mediante un aprendizaje de las creencias y de las normas de comportamiento pertinentes.

Los nuevos Catecismos no se sitúan en un régimen estable de cristiandad, sino de una Iglesia en medio del mundo, signo y sacramento de salvación y unidad, una Iglesia en misión; y a esta Iglesia corresponde una catequesis que es una invitación a la fe, ofrecimiento y llamada a entrar y tomar parte en una historia de salvación que continúa en nuestros días; una catequesis que, como palabra, memoria y testimonio⁵, entrega lo dado «de la revelación y de la fe, el testimonio del pasado como plenitud de sentido de la experiencia presente, como descubrimiento de esta misma experiencia en profundidad y apertura a un futuro definitivo de gracia y salvación. Es una catequesis que ayuda a ser cristianos hoy; y «ser cristiano es entrar en una Tradición viva, que a través de la historia de los hombres manifiesta cómo el Verbo de Dios asumió en Cristo Jesús la naturaleza humana. La catequesis es así transmisión de los documentos de la fe. Los temas que escoge y la manera cómo los desarrolla corresponden a la auténtica fidelidad a Dios y al hombre en Jesucristo»⁶.

5 Sínodo 1977, *Mensaje al Pueblo de Dios* (MPD) 7 (8-10).

6 MPD 9.

Por ésto, «la Iglesia, a través de sus obispos, recoge en los Catecismos, de manera oficial, aquellos documentos de la fe que considera fundamentales» para los niños de España en la actual situación y tiempo. Como Catecismos de la comunidad cristiana son «libros de la fe» que recogen el anuncio cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia, la cual traduce esta riqueza a fin de que sea legible y significativa «para los niños, que, desde su propia situación y peculiaridad, «caminan hacia la madurez cristiana». Si la catequesis parte de la fe y conduce hacia la fe, si tiene su origen y meta en la comunidad cristiana, los Obispos españoles, al proponer estos Catecismos, en el ejercicio de su ministerio, están ofreciendo a sus comunidades un conjunto que constituye «regla de fe» de la comunidad cristiana y, consiguientemente, «orientación básica de la catequesis». No siendo los catecismos la catequesis, ni reduciéndose ésta a una explicación-aprendizaje del catecismo, éste desempeña una «función esencial» en la catequesis de la comunidad cristiana. En esta óptica hay que situar y comprender estos Catecismos de la comunidad cristiana.

c) *Catecismos* que, en tercer lugar, son concebidos como *básicos*. Esto es, instrumentos que se caracterizan por presentar los textos fundamentales de la fe a través de los principales lenguajes (bíblico, litúrgico, formulación doctrinal...) mediante los cuales la Iglesia comunica la fe; todo ello con la mayor sobriedad posible⁷. Este carácter comprensivo de todo lo que es nuclear para la iniciación cristiana de los niños, «no elimina la posibilidad, si así conviene de que este mismo texto se inserte e imprima en un texto más amplio o "Catecismo explicado", en que se atienda a aspectos más concretos en relación a la fe y a la vida cristiana»⁸. A este respecto es muy notable la diferencia con el catecismo «Con vosotros está» que se sitúa en la línea de catecismo explicado con un desarrollo muy concreto de catequesis, que puede ser orientativo o, por el contrario, coartar la necesaria adaptación al grupo y al itinerario catequético pertinente.

II. FORMAN UNA UNIDAD DENTRO DE UN PROCESO DE FE. INSPIRACION CATECUMENAL

«Padre Nuestro» y «Jesucristo es el Señor», forman una unidad con un tercer catecismo básico —«Esta es nuestra fe»— aún no publicado. El conjunto constituye un proceso de iniciación cristiana de los niños. Debemos subrayar que no están concebidos, por tanto, como tres compartimentos

7 Presentación de los Nuevos Catecismos para la Infancia. Informe de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis a la XXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Noviembre 1981, en *Actualidad Catequética* 110 (1982) 602.

8 Observaciones para el estudio del proyecto «Jesús es el Señor». Catecismo para niños de 7 y 8 años. 'Informe...', *Actualidad Catequética* 110 (1982) 615.

estancos, sino como un itinerario al servicio de la fe que va de los cinco años —incluso antes— hasta los diez aproximadamente; como tal itinerario, con etapas diferenciadas.

De alguna manera podemos decir de estos Catecismos que tienen una *inspiración catecumenal*, con todas las matizaciones y precisiones que esta afirmación comporta en relación con la infancia.

Inspiración catecumenal, porque en su conjunto constituyen una iniciación orgánica, ordenada y sistemática, al conocimiento de la revelación y a las diferentes dimensiones de esta revelación, que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo; revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente mediante una tradición viva y activa, de generación en generación. Esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla a la luz del Evangelio»⁹.

Inspiración catecumenal, porque se trata de una iniciación a una experiencia genuinamente religiosa y teologal, cristiana, que se expresa a través de la oración y de la celebración litúrgica; conduce a una catequesis unida a la acción litúrgica y sacramental que educa para una activa y auténtica participación en la liturgia. Hay que señalar, con todo, que estos Catecismos —como la catequesis que en ellos se base— no «se proponen prevalentemente como meta la mera iniciación de los niños en la vida sacramental, sino el promover en ellos un itinerario personal de vida cristiana, dentro del cual se insertan los sacramentos como *momentos fuertes* del crecimiento en la fe»¹⁰.

Inspiración catecumenal, asimismo, porque llevan a una catequesis que inicia en una vida conforme al Evangelio, en el ejercicio de las actitudes y comportamientos propios de una vida nueva en Cristo Jesús, en el seguimiento de Jesús. Estos Catecismos incluyen, de hecho, una auténtica enseñanza moral y una adecuada pedagogía de los valores —enseñanza moral que también pertenece a la profesión y regla de fe»¹¹—.

Inspiración catecumenal, porque introduce en una experiencia cristiana integral, conduce a la confesión de fe, inserta e introduce orgánica y dinámicamente en la vida de la comunidad eclesial conforme a las capacidades propias de los niños y siempre con la participación de los adultos.

9 CT 22.

10 Comisión Española de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España hoy* (Edice, Madrid 1983) (lo citamos con las siglas CC), n. 246, p. 129.

11 Cf. CC n. 230, p. 120, nota 3.

Inspiración catecumenal, finalmente, porque estos Catecismos trazan un itinerario con diversas etapas, que van del despertar religioso a una elemental confesión de fe al final del mismo itinerario. Sugieren, de hecho, un proceso de evangelización conforme a la situación y características propias de los niños. Así:

— el Primero es un Catecismo dirigido al despertar religioso del niño y a la educación en las actitudes básicas religiosas; se trata de iniciarle al misterio de Dios en un clima de confianza, de oración, de contemplación y alabanza;

— el Segundo está dirigido fundamentalmente a la catequesis de iniciación cristiana dentro de la comunidad eclesial; está destinado a introducir al niño de manera orgánica en la vida de la Iglesia, incluida también una preparación inmediata a la celebración de los sacramentos¹². Para ello presenta al niño, por vez primera y de modo orgánico, la persona de Jesús, invitándolo a una identificación con El;

— el Tercero, «Esta es nuestra fe», como su mismo título indica, «pretende ayudar al niño a elaborar una primera síntesis de fe a partir de los conocimientos y de las experiencias cristianas que ha venido asimilando desde los cinco años»¹³. Es un instrumento para una catequesis de profundización personal que sitúa en el umbral de la preadolescencia.

«El ciclo de los tres Catecismos pretende proporcionar a los niños de nuestras comunidades cristianas, síntesis de fe progresivas, que les permitan, al término de este itinerario catequético, integrarse personal y conscientemente, de acuerdo con las posibilidades de su edad y de su madurez espiritual, en la comunión eclesial»¹⁴.

Si estos Catecismos están concebidos como un itinerario y, de alguna manera, con una cierta inspiración catecumenal, sería un contrasentido el que en su utilización concreta se reduzca la catequesis a una «explicación, aprendizaje» de los mismos; será una negación del espíritu que los anima el no tener en cuenta los itinerarios concretos de fe y de maduración espiritual de los niños catequizandos que serán diversos y reclamarán en su ejercicio procesos catequéticos diferentes.

Es éste, a mi entender, un aspecto clave de los nuevos catecismos, consiguientemente, con notables repercusiones en el ejercicio de la catequesis.

12 Sf. CT 37.

13 La elaboración de los nuevos catecismos: Informe de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis a la XXXII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Noviembre 1979, *Actualidad Catequética* 110 (1982) 595.

14 Los proyectos de Catecismos de la Comunidad Cristiana. Memorandum de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis a la XXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Mayo 1982. *Actualidad Catequética* 110 (1982) 624-25.

Así, no deberíamos realizar un proceso «estrictamente» catequético sin que fuese precedido, o al menos acompañado, de una iniciación al sentido religioso, de una acción eclesial conducente al despertar religioso. Creo que esta iniciación podemos considerarla como una evangelización primera de los niños; si falla, carecerá de solidez y fundamento su proceso de maduración espiritual, y la catequesis edificará sin bases firmes. Por no haberse cultivado suficientemente y a su debido tiempo este despertar religioso, este «sentido», no es infrecuente encontrarnos con una catequesis doctrinal y moralizante o eticista. Este despertar religioso debería acaecer normalmente en el seno de la familia, y ésta sería su evangelización primera sobre la que se puede continuar un proceso catequético de iniciación cristiana. Sin embargo, «este despertar religioso, al que el niño bautizado tiene derecho, por desgracia no siempre se da hoy en el seno de la familia, con grave detrimento para la construcción de la personalidad creyente. Esta ruptura de la tradición educativo-cristiana... exige de la Iglesia una acción vigorosa en los tiempos actuales... (y) de la catequesis parroquial que debe ayudar a los padres en esta tarea suya, y no debe suponerla ya realizada cuando el niño acude por vez primera a la catequesis parroquial a los seis o siete años¹⁵». A superar esta situación anómala y a posibilitar esa evangelización global e inicial de los niños ha de contribuir el itinerario que suponen estos nuevos Catecismos de la comunidad cristiana.

Es fácil, por otra parte, caer en la tentación ante estos Catecismos de olvidar o preterir la realidad concreta de los niños: sus experiencias, sus necesidades, sus expectativas, su entorno, etc. De hecho, estos Catecismos no la mencionan explícitamente; la primera impresión que uno tiene ante ellos es que no cuenta esta realidad, que lo importante son los «contenidos»; parece como si se hubiese dado un paso atrás o las aguas hubiesen vuelto a cauces antiguos y serenos. No es así en estos Catecismos.

El apoyar un itinerario de maduración adecuada a los niños está exigiendo una atención muy directa a la realidad concreta de estos niños y una asunción de su situación y de su vida. ¿Cómo podría darse un itinerario en el vacío o en la abstracción? ¿Cómo podría darse una progresividad en el proceso de maduración cristiana de los niños si su realidad no se incorporase en el proceso catequético, si los «datos o documentos de fe» progresivamente presentados no incidiesen, asumiesen, iluminasen, diesen sentido, etc., a las vidas concretas de esos pequeños y a sus experiencias profundas?

Esta dimensión de itinerario, entrañada en la misma entraña de los Catecismos, está exigiendo una atención muy real y concreta a la existencia viva y personal de los niños con sus diferencias y peculiaridades. Reducir,

15 CC 245, p. 128.

por ello, estos Catecismos a unos libros que hay que explicar y aprender, es traicionarlos; situarse, a propósito de estos nuevos Catecismos en una catequesis atemporal, ahistórica, no existencial, es no entender el espíritu que los anima; concebir la progresividad de estos instrumentos como una acumulación de nuevos datos doctrinales o morales conforme va creciendo la capacidad de asimilación de los chicos, o conforme a exigencias internas de desarrollo lógico de los aspectos objetivos y coherentes de la fe, es situarse en una órbita distinta al sentido que estos Catecismos siguen, que es el propiciar un itinerario de fe dentro de la comunidad cristiana, con todo lo que esto supone en la existencia personal y comunitaria; no es la progresividad del aprendizaje de una materia objetiva, sino la de un proceso de maduración de una persona, apoyándose en un sentido último que es la fe en Jesucristo, y de crecimiento propio dentro de un grupo humano que es la comunidad eclesial, que vive, testimonia, anuncia y celebra ese sentido último de vida.

Desde esta perspectiva no podemos ver los catecismos como una sucesión de lecciones sobre temas religioso-cristianos ordenados conforme a un orden más o menos lógico; ni la catequesis como una exposición sustitutiva de cada uno de los temas siguiendo necesariamente el mismo orden en que vienen presentados en los catecismos. El orden podrá ser distinto en un proceso o itinerario catequético.

Este aspecto de itinerario y de inspiración catecumenal que inspira los nuevos Catecismos, además de reclamar una Iglesia evangelizadora y, consiguientemente, procesos de evangelización, pide o refleja una «catequesis de la comunidad y para la comunidad». No podemos olvidar este punto a la hora de acercarnos a estos Catecismos, de valorarlos o de utilizarlos. Por ejemplo, no podemos ver en ellos la sanción de un determinado hacer teológico por muy ortodoxo que éste sea, sino la expresión de la «entrega de la fe» de la Iglesia que posibilite el «devolver» esta misma fe eclesial en confesión de fe dentro de la comunión eclesial. A través de estos Catecismos, los niños «reciben el Evangelio y su expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe»¹⁶ con el Padre Nuestro y la normativa de vida evangélica.

Con la acción catequética de la comunidad eclesial, apoyada y basada en estos Catecismos, y bajo la acción e impulso del Espíritu del Señor, esta fe eclesial irá penetrando y transformando la personalidad de estos niños se irá interiorizando en ellos y la expresarán en la comunidad eclesial; y, como comunidad eclesial, la expresarán mediante la profesión de fe, la celebración y la vida cotidiana de amor, servicio y comunión. En cierto modo, podemos decir que estos nuevos Catecismos conducen a una catequesis que posi-

bilite a los cristianos expresarnos en un lenguaje común¹⁷, finalidad que desde un lenguaje común no significa la uniformidad que a nadie expresa, sino la palabra personal que permite la comunicación y la comunión en un «nosotros» que nos une. Una vez más, observamos cómo el fondo de estos Catecismos está pidiendo itinerarios catequéticos concretos, verdaderos procesos de iniciación cristiana.

III. EL CONTENIDO¹⁸ DE LOS CATECISMOS

En todo catecismo un elemento fundamental es el contenido aunque no es el único, como venimos señalando. ¿Cuáles son las líneas de fuerza del mensaje que transmiten estos Catecismos? ¿Cuál es la entrega de fe que en ellos se realiza?

1. Aspectos comunes al conjunto de los nuevos Catecismos de infancia.

Conviene señalar, en primer término, algunos aspectos que son comunes al conjunto de los tres Catecismos de infancia; son como los criterios inspiradores que vertebran su contenido y presentación.

17 Cf. CC 143, p. 67.

18 «No me parece feliz el término "contenidos" aplicado a la transmisión catequética de la fe. Pienso que "aquello que" transmite la catequesis es *un mensaje*. Evidentemente, un mensaje *contiene* una noticia, una información, una exhortación, un mandato, etc., ahora bien, lo que se contiene en el mensaje no puede desconectarse —sin riesgos de abstraer y operar *in vitro*— de quien comunica el mensaje, de quien lo recibe, del ámbito en que se proclama el mensaje, etc. Entiendo que se puede hablar de *contenidos* si se quiere aludir a la *articulación de los conceptos y de los términos verbales* que traducen, en nuestro caso, lo que Pablo VI llamó «la sustancia vital» del Mensaje, es decir, aquello que el Mensaje nos quiere comunicar últimamente. En este sentido, la terminología "contenidos" se parecería a la utilizada, sobre todo, en el lenguaje eclesialístico de la Baja Edad Media: *artículos (de fe)*. Pero, respecto a este término, pienso que, por sus connotaciones inmediatas, no es un vocablo semánticamente adecuado para entendernos en el momento presente de la vida de la Iglesia: habría que hacer bastantes distinciones y se necesitarían algunas explicaciones para que pudiese ser comprendido en su significación genuina. Me inclinaría personalmente por usar la palabra *Mensaje* para designar *aquello que* la catequesis hace saber a los catequizandos y usar la palabra *elementos* para denominar las realidades que concluyen en la captación de lo que se va *sabiendo* en la transmisión del Mensaje; esto es, las realidades que confluyen en lo que técnicamente llamamos *el acto catequético*. Esos elementos no se reducen a la sola Palabra de Dios —que tiene un lugar propio en la comunicación del Mensaje catequético—, sino que incluyen también las experiencias humanas y cristianas de los catequizandos y los factores regulan la transmisión de la fe *hinc et nunc. Evangelii Nuntiandi* emplea el término "elementos" al tratar del Mensaje que la Iglesia anuncia (cf. n. 25)» (A. García Suárez, 'El mensaje cristiano y su transmisión en la catequesis de la Iglesia', *Actualidad Catequética* 106 (1982) 83.

Los Catecismos son portadores de un mensaje y un mensaje cualificado: el mensaje de salvación destinado a todos los hombres, cuyo centro es el misterio de Cristo. Es ésta una afirmación elemental y obvia, pero no por ello innecesaria. Como se dice en el umbral del Catecismo «Padre Nuestro» «Tenemos una *buena noticia* que daros. Los mayores no podemos guardarla en secreto para nosotros solos: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos»¹⁹.

Se trata de la Buena noticia, del mensaje de Cristo que testimonia la comunidad eclesial representada en sus Obispos; no se trata de una verdad, ni de una vivencia a la que se pudiera llegar desde una simple experiencia; se trata de una Buena Nueva con un «objeto» muy concreto.

Esto es lo que ofrecen en primer término los Catecismos: el Mensaje cristiano en su integridad, propuesto de manera orgánica y sistemática, teniendo en cuenta la edad de sus destinatarios más directos —los niños—. Dicen «todo el mensaje de Cristo y de su Iglesia, sin pasar por alto ni deformar nada, exponiéndolo todo según un eje y una estructura que hace resaltar lo esencial»²⁰; hacen entrega de la «palabra de la fe», no mutilada, falsificada o disminuida»²¹, de forma que «las verdades que se enseñan, a las normas que se transmiten y los caminos de vida cristiana que se indican» no pierden «el equilibrio ni el carácter religioso y jerarquizado», gracias a los cuales mantienen «la importancia determinada que les corresponde»²².

Esta transmisión —proposición gradual— del Mensaje cristiano la realizan los Catecismos inspirándose en la catequesis típica y modelo de toda catequesis que es el catecumenado bautismal, «formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche de Pascua»²³. El Mensaje de la catequesis y, por tanto, de los catecismos se determina tomando como punto de referencia la confesión de fe bautismal.

Sobre esta base se estructuran «los contendios» de los nuevos Catecismos, que están al servicio de una catequesis llamada a afirmar y garantizar la identidad cristiana en una sociedad que aparece como un reto a la fe. Este inspirarse en el catecumenado bautismal es una «exigencia» en estos momentos de la Iglesia que busca la fidelidad a su ser más auténtico; como ha ocurrido en otras situaciones históricas de la Iglesia, hoy buscamos las referencias a los orígenes, a los elementos básicos de la preparación al Bautismo o del catecumenado de la Iglesia de los primeros siglos²⁴. Por eso,

19 Conferencia Episcopal Española, «Padre nuestro...» (lo citamos con las siglas PN) PN 7.

20 CT 49.

21 Cf. 30.

22 Cf. CT 31; DCG 43.

23 MPD 8.

24 Cf. A. García Suárez, 'El mensaje cristiano...', 67-94 (esp. 85 ss.).

los Nuevos Catecismos «procuran conectar con aquella catequesis paradigmática y desarrollarla de acuerdo con las circunstancias personales de los destinatarios»²⁵.

Cada uno de los Catecismos que presentamos y el conjunto de los mismos recogen elementos característicos y normativos del catecumenado bautismal. De este modo:

— destacan, en conexión con los demás, algunos elementos nucleares del Símbolo de la fe que, según la Tradición de la Iglesia, es un compendio de las Sagradas Escrituras²⁶. Presentan la confesión de fe en el misterio de Dios manifestado en Jesucristo, que nos salva en su Iglesia por la fuerza del Espíritu Santo. Al presentar la manifestación trinitaria del misterio de Dios, transmiten el mensaje cristiano articulado dinámicamente en forma ternaria. Asimismo destacan el teocentrismo cristológico propio de la revelación cristiana, su carácter enteramente cristocéntrico;

— presentan «las actitudes de conducta cristiana, que son, al mismo tiempo, exigencias de la fe profesada en el Bautismo y expresión del seguimiento de Cristo y de la fidelidad a sus Mandamientos»²⁷;

— están profundamente unidos a la acción litúrgica y sacramental, ya que es «en los sacramentos, y, sobre todo, en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres»²⁸. Intentan, así, una iniciación de los niños a la experiencia genuinamente religiosa, que se expresa a través de la oración y de la celebración litúrgica, y una educación para una participación activa y vivencial de la celebración litúrgica, singularmente de la Eucaristía. Son expresión de lo que la oración y la liturgia significan en la vida de la Iglesia y de los cristianos y pretenden ayudar a los niños a que expresen su fe y experiencia religiosa en la oración y en la celebración. Conducen al conocimiento de la expresión litúrgica —Tradición viva de la Iglesia, «memorial» de Cristo—;

— en todo su conjunto, ponen de relieve un ambiente bíblico-litúrgico que manifiesta el lugar y papel que desempeñan los «documentos de la fe» en el proceso catequético en su ejercicio auténtico de *Tradición viva*²⁹. De este modo posibilitan e impulsan el que los catequizandos, el grupo catequético, se confronten directamente con los grandes textos de la fe, se dejen interpelar por la «cosa misma de la fe», presente en esos textos; lo que

25 'Presentación de los...', 605.

26 Ibid.

27 Ibid.

28 CT 28.

29 Cf. MPD 9.

constituye un manantial seguro de vivencia cristiana, de inteligencia del mensaje, de celebración gozosa y de compromiso misionero ³⁰.

Recogen, por tanto, el lenguaje básico de la Iglesia, incorporando las distintas formas de lenguaje de la Biblia y de la Tradición, «sin reducirlas a una sola forma: el relato de los acontecimientos salvadores, la *confesión de fe*, la *doxología*, el *himno*, la *bendición*, la *acción de gracias*, la *súplica*, la *promesa*, el *mandamiento* y la *exhortación*, las *fórmulas de alianza*, las *proposiciones asertivas* que describen o definen conceptos y realidades de la fe... Este lenguaje es seleccionado y articulado «desde el conocimiento de la función de cada forma, de su complementariedad e interdependencia mutua dentro del lenguaje cristiano» ³¹.

La selección de los «documentos de la fe» son articulados en una *síntesis* —en cada Catecismo y en su conjunto— que se inserta dentro de un proceso integral de iniciación cristiana. «El ciclo de los tres Catecismos pretende proporcionar a los niños de nuestras comunidades cristianas *síntesis de fe progresivas* que les permitan, al término de este itinerario, integrarse personal y conscientemente, de acuerdo con las posibilidades de su edad y de su madurez espiritual, en la comunión eclesial» ³².

Conforme a estos aspectos comunes, han sido elaborados los nuevos Catecismos de infancia. Cada uno, por su parte, concreta estos aspectos; por ello, vamos a proceder a verlos separadamente.

2. El Catecismo «Padre nuestro».

Destinado a los niños pequeños, en orden a su despertar religioso y a su educación en las actitudes religiosas básicas, procura «iniciar al niño en el misterio de Dios en un ambiente de oración y de alabanza. Pero se ha cuidado también estructurar esas incipientes actitudes religiosas a partir de unos *conocimientos elementales de la fe*: con este fin, se han recogido fórmulas sencillas con la intención de que algunas puedan ser aprendidas de memoria» ³³.

Este iniciar en el misterio de Dios y de suscitar el desarrollo de ciertas capacidades religiosas lo realiza a través de un proceso o itinerario que parte del *descubrimiento* de la presencia de Dios Padre que les lleva a percibirse en su propia realidad como regalo de Dios, lo mismo que el sentido de la realidad exterior y cercana; y culmina con el anuncio de que el «camino para llegar a este Dios nos lo enseña Jesús» en cuyo trato, aceptación y seguimiento incipiente se introduce a los niños. Este itinerario estructura

30 CC 148, p. 70.

31 CC 149, p. 70.

32 'Los proyectos de...', 623.

33 'Presentación de los...', 606-7.

el Catecismo en tres partes; cada una de ellas va precedida de un anuncio, de una buena noticia, en el fondo de un kerigma:

- «Tenemos una buena noticia que daros. Los mayores no podemos guardarla en secreto para nosotros solos: *Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos*. El mismo nos lo dice: *escuchadle*» (Primera parte)³⁴.
- «*Para Dios Padre lo más importante del mundo somos nosotros. El nos invita a crecer y a vivir*. Así habla Dios "El día que tú naciste, Yo estaba junto a ti. Y te dije: Vive, y crece como crece la hierba de los campos" (Ez 16, 4.6-7). Mira, Señor, cómo vivimos y crecemos» (Segunda parte)³⁵.
- «*El Camino para llegar junto a Dios nos lo enseña Jesús*. Jesús nació en Belén hace mucho tiempo, pasó por el mundo haciendo el bien, en la cruz dio su vida por todos los hombres, resucitó y ahora vive con Dios Padre para siempre. Jesús es el Señor, el Hijo de Dios, y es también un hombre como nosotros. ¡Bendito seas, Jesús! Tú eres nuestro Señor y nuestro Dios. Te damos gracias porque has querido que los pequeños sepamos estas cosas. Jesús, te escuchamos» (Tercera parte)³⁶.

La primera parte y la tercera, a su vez, finalizan con una especie de síntesis de fe. No se trata de un mero resumen elenco de los «temas» presentados, sino de una confesión de fe introducida por una acción de gracias, en la que reconoce a Dios como Padre («Gracias, Padre Dios»)³⁷, o por una explícita profesión de fe («Jesús, tú eres la luz de nuestra vida»)³⁸. Tanto esta acción de gracias como esa profesión de fe van seguidas en ambos casos de un reconocimiento de lo que ese Dios Padre o Jesucristo han dicho: «...porque nos has dicho»³⁹, «...y Tú nos dices»⁴⁰. Es importante destacar este aspecto; supone una iniciación no a cualquier experiencia religiosa, que entrañase, fundamentalmente, la búsqueda del hombre, sino de la experiencia religiosa cristiana que entraña la aceptación del don de la revelación de Dios en Jesucristo, la aceptación de su Palabra, la fe, en definitiva, por muy incipiente que ésta sea. Hay aquí una visión fundamental de revelación que no se puede omitir, so pena de reducir el

34 PN 7.

35 PN 29.

36 PN 43.

37 UN 26.

38 PN 62.

39 PN 26.

40 PN 62.

Catecismo y la catequesis a un mero acto de aprendizaje doctrinal de unas enseñanzas más o menos costosas de ser aceptadas por la razón humana.

Es interesante subrayar cómo el anuncio-buena noticia de la primera y tercera parte finaliza con un «escuchadle»³¹ o un «te escuchamos»⁴², seguidos ambos de dos puntos que abren al contenido de revelación que va a proclamar a continuación; o mejor, que es la explicitación o desarrollo de esa buena noticia que constituye una llamada gozosa, nueva, provocativa a abrirse a ella, que es abrirse a una persona; y a una persona, porque tanto en un caso como en otro, es una Persona quien en el Catecismo va a «hablar» a los chicos; y va a hablar «directamente», en primera persona, buscando una comunicación personal, estableciendo un diálogo, buscando un encuentro, con unas personas concretas con un nombre que son los chicos. De ahí que a esa comunicación personal de Dios Padre, de Jesucristo, se responda con una aceptación de la Persona —dándole gracias, reconociéndole como la luz de la vida— con una aceptación de lo que esa Persona ha dicho —de ella misma— y, por último, con una oración —expresión de la existencia creyente— de bendición o de acción de gracias:

- «Esta buena noticia nos llena de gozo. ¡Bendito seas, Dios Padre Nuestro, porque eres bueno, porque tu amor no tiene fin!»⁴³.
- «Te damos gracias, Padre, porque nos has querido tanto que nos has dado a Jesús, tu Hijo»⁴⁴.

Notemos que tanto una oración, como otra, tienen un trasfondo bíblico completamente: la primera de un salmo, y la segunda de los escritos joánicos.

La Segunda parte, sin embargo, no finaliza con una confesión-síntesis de fe; tampoco utiliza un lenguaje que exprese el hablar «en directo» o en primera persona el Padre o Jesús, sino que hablan los propios chicos, como indicando que, a la luz de la experiencia de ese Dios Padre que les quiere, que está cercano y presente, perciben ellos —ayudados siempre por la palabra y por el testimonio de otros creyentes— la propia vida como regalo del Padre Celestial: Dios les invita a crecer y a vivir *abriendo* sus ojos a las realidades y experiencias que son, para el niño, más cercanas.

Son como una especie de reflexión sapiencial las páginas correspondientes a esta segunda parte; éstas recuerdan vivamente cómo el pueblo de Israel, dentro del proceso de la revelación histórica de la revelación, llegó a percibir la creación y su sentido como obra y revelación, lugar de encuentro con Dios. Es un dato que quiero resaltar y que puede quizá pasar desaperc-

41 PN 7.

42 PN 43.

43 PN 27.

44 PN 63.

cibido. No se trata de que, a través de las obras de la naturaleza —incluida dentro de ella la realidad del hombre como realidad última— se llegue a la contemplación y al asombro del Misterio; sino que desde la experiencia del Dios Padre que le conoce por su nombre y que le quiere —una experiencia enteramente religiosa en la que Dios ha mostrado por completo su iniciativa—, el chico llegue al *asombro* y a la *admiración* de la vida, de su crecimiento, del mundo y de las cosas maravillosas, de los estados de felicidad, de su hacer y de sus capacidades, etc., como regalos de Dios, como manifestación del Misterio, de lo Sagrado, del Dios personal y Creador; es en este Dios, en su aceptación, donde el chico y todo hombre se percibe en su dignidad más absoluta y más plena como «lo más importante del mundo»⁴⁵, como aquel con quien Dios está⁴⁶, o como aquel que Dios quiere que crezca y viva⁴⁷, que tiene su propia identidad⁴⁸, y es capaz de trabajar con todas las cosas que nos han dado para su realización⁴⁹.

Esta misma estructura seguida por el Catecismo Primero, ¿no es acaso la misma estructura del Credo —«Creo en Dios *Padre, Creador*; creo en Jesucristo»— que tiene un sentido histórico y que expresa un itinerario de fe a partir de una historia de salvación-revelación que ha de reflejar la catequesis? Veo aquí una intuición importante para la catequesis: *una catequesis que es narración, testimonio, memoria*.

No en balde el Catecismo comienza su andadura por una sabrosa *introducción* que no debe ser olvidada, ya que no se trata de un prólogo protocolario, sino de un «introducir» verdaderamente el camino que «inicia» este Catecismo. Y se introduce con la *narración-palabra* de los mayores, de la familia —incluidos los abuelos— que nos narran y proclaman la Buena noticia que Jesús nos ha traído: «Dios es nuestro Padre»; que, creyendo, testifican el gozo de esta noticia en sus vidas, que para ellos es la «fuerza de sus propias vidas», y que no ha sido inventada por ellos sino por Dios mismo que gratuitamente ha querido que así lo sepamos; que celebran, hacen memoria, en la oración hablando con el Padre del Cielo con toda confianza y alegría:

«Un día, cuando eras más pequeño ,empezaste a decir "papá". Aquel día, tus padres se pusieron muy contentos. Y creciste. Y otro día, tus padres, tus abuelos, en tu familia, te enseñaron a hablar con el Padre del cielo. Dios se alegra mucho cuando le llamamos "Papá", PADRE, con toda CONFIANZA. Esta es la BUENA NOTICIA que ha venido a traer-

45 PN 29.

46 PN *ibid.*

47 PN 29, 30.

48 PN 30.

49 PN 32, 34, 36.

nos Jesús. Y para los que creemos en El esta NOTICIA es el gozo y la fuerza de nuestra vida. Este libro está escrito para ti, porque es nuestro PADRE DIOS quien ha querido que los pequeños sepáis estas cosas»⁵⁰.

Cada una de las partes del Catecismo, y según la estructura o contextura indicada, desarrollan y explicitan los «anuncios fundamentales» del Catecismo: Dios Padre y Creador, Jesús, Señor e Hijo de Dios es también un hombre como nosotros nos enseña el camino para llegar junto a Dios— a través de diversos mensajes: «Dios es nuestro Padre y nos dice: conozco tu nombre, sé como te llamas»⁵¹; «te miro con cariño»⁵²; «nunca me olvido de ti»⁵⁴; «estoy atento a todo lo que haces»⁵⁵; «te hablo al corazón»⁵⁶; «te perdono siempre»⁵⁷; «voy siempre contigo»⁵⁸. «Para Dios Padre lo más importante somos nosotros, El es Creador: nos ha dado la vida y nos hace crecer»⁵⁹; «nos ha dado el mundo para que vivamos»⁶⁰; «nos ha dado cosas maravillosas»⁶¹; «gracias, Señor»⁶²; «hay en nosotros una VIDA ESCONDIDA que durará siempre: estaremos con Jesús»⁶³. «Jesús nos dice: Vosotros sois mis amigos»⁶⁴; «mis amigos hacen felices a los demás»⁶⁵; «cuando estáis juntos. Yo estoy con vosotros»⁶⁶; «quiero que digáis la verdad»⁶⁷; «celebrad con alegría el día del Señor»⁶⁸; «estaréis contentos si hacéis las paces»⁶⁹; «aprended a compartir y a dar vuestras cosas»⁷⁰; «cuando recéis, decid así: PADRE NUESTRO»⁷¹; «mi PADRE os escucha, aunque vuestros labios no hablen: dice Jesús: «tu Padre Dios está tan pen-

50 PN 5.

51 PN 8, 27.

52 PN 10, 27.

53 PN 12, 27.

54 PN 14-15, 27.

55 PN 16-17, 27.

56 PN 18-19, 27.

57 PN 20-23, 27.

58 PN 24, 27.

59 PN 30; cf. 8, 29.

60 PN 32-34.

61 PN 36-37.

62 PN 38-39.

63 PN 40-41.

64 PN 44.

65 PN 46.

66 PN 48.

67 PN 50-51.

68 PN 52.

69 PN 54-55.

70 PN 56-57.

71 PN 58-59.

diente de ti, que no necesitas contarle tus cosas con muchas palabras. El llega hasta el secreto del corazón. El te llena de alegría» (Mt 6, 6-8)»⁷².

Con estas palabras del Evangelio de Mateo concluye la explicitación-desarrollo de la tercera parte. Considero que estas palabras, junto con la oración del Padre Nuestro, que aparecen en el tema anterior, constituyen como el núcleo o meollo de todo el Catecismo: la iniciación a la experiencia de Dios, del Misterio, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, presente y penetrante hasta el secreto del corazón, que es nuestro Padre, está pendiente de nosotros y nos llena de alegría, de felicidad, de sentido, de salvación; es la experiencia de Dios como Dios y del Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, en cuyo reconocimiento gozoso y confiado está nuestra realización más auténtica. Bellamente lo expresa ésto el Catecismo cuando pone en labios del niño: «Estoy quieto y callado. No hay nadie conmigo, ni se oyen ruidos ...No me muevo; puedo oír el latido de mi corazón. Y entonces hablo con Dios y le digo:

Dios mío
ante ti, mi corazón
se vuelve alegre como el sol.
Pienso en ti,
me siento envuelto
con tu cariño»⁷³.

El catecismo «Padre Nuestro» constituye todo él una iniciación a la oración, como expresión señera de la experiencia creyente que es la experiencia de Dios. De ahí que todo el Catecismo esté como enfocado a poder decir al final del proceso o itinerario la oración que Jesús nos enseñó, que es síntesis-confesión de la fe, plegaria y compromiso de vida evangélica, expresión, en suma, de la identidad cristiana y eclesial. (No podemos olvidar que «a través de los temas de esta serie —la tercera— los catequizandos podrán ir experimentando que pertenecen a la comunidad fraterna de los cristianos, a la Iglesia»⁷⁴). En la oración del Padre Nuestro se condensa todo el Catecismo; contenidos, actitudes, etc.; todo está ahí; y todo se encuentra como orientado a que, al final del proceso, se pueda decir, en la comunidad fraterna, con todo sentido: «Padre nuestro...», etc.

Por eso, todo el Catecismo tiene una «contextura iniciática» —inicia en el Misterio y favorece el itinerario del encuentro y de la experiencia de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo—. No es un instrumento catequético, como otros, en los que predomina la inculcación de unas actitudes y

72 PN 61.

73 PN 60.

74 'Presentación de los...', 607.

acciones con inspiración evangélica y teniendo en cuenta como paradigma a Jesús de Nazaret. No es el voluntarismo de la acción, ni el moralismo de nuevo cuño lo que prima en este Catecismo; más bien, el acento lo tiene la acción de Dios, su iniciativa, su Palabra, su Persona, etc. Sí que importan, y mucho, esas actitudes evangélicas —basta ver y analizar en particular la tercera parte— pero no desde el subrayado puesto en la acción del hombre— en el «hay o tenemos que»—. Estas actitudes son como respuesta y expresión del mostrarles al sólo Dios, de «provocar» el encuentro y la experiencia de ese Dios, Padre que, en Jesucristo, nos dice «amaos como yo os he amado», nos enseña a compartir y a dar las cosas, nos muestra que «a Dios le gusta que yo haga con los demás las cosas buenas que El hace conmigo», nos llama a «ser compasivos y misericordiosos como El».

Sin esta experiencia de Dios, que recoge y expresa el «Padre Nuestro», nada es posible y significativo. Por mucho que la catequesis se esfuerce en presentar exigencias éticas para la vida desde el Evangelio, este Evangelio no se vive correcta y concretamente si el corazón no descubre a quién es el origen primero: Dios y Jesucristo. En el origen de todo compromiso evangélico y cristiano está la experiencia de Dios, cuya importancia única lo tiene sobre lo demás, principalmente cuando se trata de un proceso de fe, de un itinerario catequético al servicio del camino de la fe en los catequizandos.

Esto es claro en el Primer Catecismo. Sería de gran interés un análisis detallado de este itinerario de fe en los pequeños que trazan los Catecismos, en concreto éste primero, y la pedagogía que sigue en el mismo. Es un trabajo que desborda los límites del presente ya que sólo intenta hacer una descripción general de los mismos. Bástenos dejar constancia de que se da este itinerario, como puede apreciarse globalmente, y señalar algunos aspectos en los que el Catecismo Primero inicia en el sentido religioso, en el sentido del Misterio o de lo Sagrado, en las actitudes correspondientes ante este Misterio —Dios manifestado en Jesucristo—, en el sentido de comunidad religioso-cristiana. Propone así un itinerario religioso que conduce a la confesión y experiencia de fe.

En primer lugar, inicia en el sentido de Dios, Padre de Jesús y Padre nuestro: iniciación en el sentido del Misterio, de lo Sagrado y en las actitudes que manifiestan este sentido. Así, se inicia a la *capacidad de asombro* o al *sentimiento de admiración*: un hombre que no se asombra, no ha llegado a percibir lo admirable y lo maravilloso, lo extraordinario. Sólo abarca un aspecto de la realidad. Se halla apresado por una actitud que busca analizar y aprovechar y dominar el mundo; y se desentiende de todo cuanto cae fuera de ese campo de interés. El hombre, en consecuencia, se

torna ciego a un aspecto esencial de la realidad y lo pasa por alto injustificadamente⁷⁵.

Este iniciar al asombro podemos verlo reflejado en el Catecismo como una especie de aura que le rodea completamente; pero de una manera particular cuando se afirma que Dios nos conoce por nuestro nombre⁷⁶, cuando se le aclama como maravilloso al reconocer su cercanía⁷⁷, cuando se le dice que Dios no se olvida de él y le muestra la belleza de las aves y de las plantas que hacen surgir el asombro y la admiración⁷⁸, cuando se reconoce que Dios nos conoce a fondo⁷⁹... Todo el sentido de gratuidad, de presencia personal benevolente y misericordiosa que nos envuelve van también en la misma línea del asombro y de la admiración, actitudes religiosas profundas, que ocupan un puesto destacado en toda la segunda parte.

Inicia, asimismo, a los niños, a través del ejercicio del conocimiento de sí mismos: personas, con nombre propio, con dignidad, conocidas por Dios⁸⁰; personas en soledad y apertura, en relación, capaces de hablar y comunicarse, en quienes Dios piensa y mira siempre con cariño⁸¹; que gozan del amor gratuito —gratuidad— que libremente se inclinan hacia nosotros para querernos, ayudarnos, abrazarnos⁸²; personas a quienes se les descubre que Dios no se olvida de ella y que no es la posesión, la seguridad del tener o la eficacia lo que más vale ni confiere más sosiego y esperanza⁸³; personas capaces de una cierta interiorización y concentración, sensibles a las dimensiones espirituales del hombre⁸⁴; personas abiertas a la naturaleza, a la belleza de la misma, a toda la dimensión trascendente de la estética de la tierra, de sus sonidos o de las relaciones humanas⁸⁵; personas habilitadas y abiertas a la reconciliación y al encuentro reconciliador⁸⁶, etc.

El Catecismo está iniciando al descubrimiento de estas y otras dimensiones humanas que supone un despertar disposiciones para aceptar lo nuevo y salir de un horizonte cerrado en lo tangible y experimentable, abriéndose a un horizonte insospechado. El Catecismo ayuda a pasar de la exteriorización en cosas y posesiones al hombre interior, al corazón puro y limpio

75 Cf. K. Tillmann, *Asombro y experiencia como caminos hacia Dios* (Marova 1970) p. 9 ss.

76 PN 8.

77 PN 10.

78 PN 14-15.

79 PN 16, 17.

80 PN 7, 8, 10, 12, 18, 24.

81 PN 60, 61, 10.

82 PN 12.

83 PN 14-15.

84 PN 16, 18-19.

85 PN 18-19, 16.

86 PN 20-21.

donde puede ser escuchada y acogida una Palabra que nos manifiesta una Presencia; gratuidad y desasimiento —condiciones indispensables para el encuentro con el Misterio, con Dios— son como dos dimensiones que constantemente van apareciendo en el Catecismo.

El Catecismo nos muestra que «la relación con Dios en que consiste la fe tiene como primer elemento la llamada personal al centro mismo de la libertad humana que exige, para ser escuchada y poder ser seguida, el descubrimiento, el ejercicio y el cultivo por el hombre de su libertad personal»⁸⁷. Esto implica desasirse de aquellas cosas que pueden presentarse como las únicas capaces de dar solidez a la vida personal, a la personalización, reconocer la insuficiencia radical de lo que ocupa ordinariamente nuestra vida y *esperar* de otra parte la seguridad y la felicidad⁸⁸, aceptar la presencia de valores espirituales y trascendentes y desarrollarlos de forma que den plenitud a la vida personal⁸⁹.

Y este descubrimiento y conocimiento de sí, el Catecismo no lo realiza desde una introspección en los niños, en el sí mismo de los niños, ni mediante un análisis de las realidades propias o circundantes, sino desde la Palabra de Dios que les habla, desde el testimonio creyente de personas que han acogido ese don de la revelación de Dios.

Los Catecismos son, al mismo tiempo, una iniciación a la aceptación y acogida del amor de Dios y de su Palabra, si no necesariamente en un nivel de fe, sí orientada hacia la misma. De hecho a lo largo de sus temas se marca un camino, una actitud central y como dominante, que manifiesta el encuentro con Dios; me refiero al de la confianza absoluta que es el aire que respiran los niños ante este Catecismo.

Esta confianza es en una «Presencia» personal que irrumpe, desde el primer momento, de una manera sencilla, normal, ligera como la brisa, en la vida de los niños; presencia que va desvelándose poco a poco, sosegadamente, pero que tiene un poder irresistible, porque invita a la adhesión personal en la confianza absoluta, en el amor sin límites. En esta confianza, los niños a los que se dirige el Catecismo, aceptarán a Alguien, a una presencia misteriosa y oculta, pero no por ello menos presente y personal⁹⁰; y los niños le abrirán su corazón, como vemos en tantas y tantas oraciones⁹¹,

87 J. Martín Velasco, 'El cristiano como creyente', en *Cátedra fe y cultura*. Santuario de la Bien Aparecida, *Cambio sociocultural y cristianismo hoy* (Estudios Trinitarios, Salamanca 1980) 10.

88 Cf. PN 19, 12, 15, 16-17, 36-37, 38-39, 40-41.

89 Cf. PN 32, 34, 38, 44, 45...

90 Cf. PN 5, 7, 8, 10...

91 PN 8, 10, 17, 24, 27, 29, 32...

y le acogerán, lo mismo que los mayores, como la fuerza de su vida y la raíz y sentido de su existencia ⁹².

Desde esta actitud, el Catecismo muestra a los niños cómo el vivir vale la pena ⁹³, que es maravilloso ⁹⁴, que todo es don y regalo ⁹⁵ y que el hombre no es la medida de todo; que su misma vida es don ⁹⁶ y que lo importante es *saberse dado* y aceptar el don que uno es; el Catecismo intenta que los niños sepan y acepten gozosos y agradecidos que Dios es su Padre, que hay un principio personal —su Dios— que cuando no eran les ha llamado a la existencia ⁹⁷, y que sigue junto a ellos como una Presencia personal, siempre presente, como misterio de amor que posibilita el ser más propio de los chicos, su identidad personal, su vida más propia.

La presentación y conocimiento del Dios personal y vivo, tal como lo presenta el Catecismo, siguiendo a la Sagrada Escritura, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que es también nuestro Padre—, revela a un Dios que habla y hace llegar su palabra a los niños a quienes llama para entablar con ellos un diálogo; diálogo que es reflejado en el mismo Catecismo constantemente; el niño, en este diálogo y ante este Dios, no queda disminuido o aplastado, sino que es invitado a una vida nueva y le hace llegar a ser él mismo, haciéndole entrar en la autenticidad, descubriendo que en lo más profundo de nosotros mismos está Dios y que actúa en la vida y en la historia de los hombres.

Todo ello no deja a los niños, a las personas creyentes en general, sin afectarles en sus comportamientos. Algunos de estos comportamientos son recogidos y expresados por el Catecismo: alabanza, acción de gracias, petición, bendición, invocación de perdón, aclamación, escucha de la palabra, trabajo, sinceridad de corazón, amor a los otros, amistad, trabajar y hacer la paz, decir la verdad, celebrar la fiesta, compartir y dar nuestras cosas...

El Catecismo inicia, finalmente, en el sentido de comunidad religiosa-cristiana. Esta iniciación la vemos reflejada desde distintas perspectivas. No se trata, como hemos podido apreciar, de una iniciación a cualquier experiencia religiosa, sino a la experiencia religiosa cristiana: la fundada en la experiencia de Jesucristo, el Hijo de Dios, hombre como nosotros. Y esta experiencia nos llega por la comunidad de los que creen en El, de los que habiéndole aceptado «han pasado por el Bautismo a una vida nueva» por la que se saben y aceptan, gozosos, como hijos de Dios. Ya la página introductoria tiene ese sentido de iniciación a la Iglesia por todo el sentido de

92 Cf. PN 5...

93 Cf. PN 34, 38, 15, 17.

94 Cf. PN 10, 17, 15, 34.

95 Cf. PN 12, 15, 18, 21, 24, 30, 32, 36...

96 Cf. PN 8, 29, 30...

97 Cf. Ef. 1, 3-4; PN p.e. 72.

narratividad y testimonio que en ella se reflejan; esta introducción indica que los niños van a ser «introducidos» en una experiencia gozosa que configura una gran familia y que es la gran noticia que quieren comunicarles: «Dios es nuestro Padre».

De alguna manera el Catecismo va iniciando en este mismo sentido cuando habla de la alegría del perdón⁹⁸, de las gracias que hay que dar por el pan y el vino y las cosas buenas que hacen los hombres por nosotros⁹⁹, de que Jesús volverá y juntará a todos sus amigos¹⁰⁰; así, también, cuando dice: «nosotros nos queremos. Como los amigos de Jesús y formamos una gran familia»¹⁰¹; «los que son mis amigos ayudan y hacen felices a los demás»¹⁰²; «cuando los cristianos nos reunimos, Jesús está con nosotros. Por eso nuestra reunión es muy alegre»¹⁰³; «celebrad con alegría el día del Señor»¹⁰⁴; «estaréis contentos si hacéis las paces»¹⁰⁵; «aprended a compartir y a dar vuestras cosas»¹⁰⁶; «cuando recéis, decid así: "Padre Nuestro"»¹⁰⁷.

De hecho, está iniciando en este sentido eclesial a través de todo el Catecismo al despertar el sentido religioso cristiano, al iniciar en aquellas actitudes y signos que están presentes en las celebraciones litúrgicas, o en aquellos comportamientos que manifiestan la vida de esa comunidad; y, de una manera particular, al presentar la confesión de fe de la comunidad eclesial, adecuada a su propio proceso de maduración espiritual.

Por eso, se incluye en el Catecismo una *síntesis de fe*, titulada: «Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia»¹⁰⁸. «En ella se hace una presentación sencilla de los elementos nucleares del Mensaje cristiano, articulados según el esquema de un «Símbolo bautismal». Los niños ordinariamente han de memorizar las fórmulas de esta síntesis. Se ha cuidado que las fórmulas de profesión de fe y las nociones-clave de la doctrina se sitúen normalmente en un contexto de oración».

«La síntesis o sumario de fe de este Catecismo se estructura de la siguiente forma:

— comienza con una sencilla revelación del Padre celestial, bueno y providente;

98 PN 22.

99 PN 39 (38).

100 PN 41.

101 PN 44.

102 PN 46.

103 PN 48.

104 PN 52.

105 PN 55.

106 PN 56-57.

107 PN 58-59.

108 PN 61-93.

- después inicia al catequizando en la fe en Jesús: "Jesús es la luz de nuestra vida", "está vivo", "es el Señor, el Hijo de Dios y es también un hombre como nosotros", es "nuestro Señor y nuestro Dios". Se han intercalado fórmulas cristológicas, inspiradas en el Nuevo Testamento, evitando lenguajes triviales e infantiles que no permiten, más adelante, la profesión de fe del adulto en Cristo Jesús. Con todo, se ha buscado un lenguaje sencillo y coloquial;
- en la sección siguiente, en conexión con la fórmula trinitaria bautismal, se hace una primera profesión de fe en el *Espíritu Santo*.
- termina la síntesis presentando "la gran familia de los cristianos", la Iglesia, apuntándose algunos elementos distintivos de los cristianos: el Mandamiento Nuevo; algunas exigencias que se derivan del mandamiento nuevo y que constituyen el contenido de los Mandamientos iluminados desde el gran mandato de Jesús; el Evangelio; el Domingo, la Virgen María»¹⁰⁹.

Por último, el Catecismo acaba con dos secciones: «Para nuestra vida cristiana», una; «para preparar la celebración de las fiestas principales», otra. La primera ofrece a los niños algunas oraciones de distinto carácter y para diferentes momentos principales en la vida de los niños. La segunda presenta las fiestas de la Virgen, de la Navidad y de la Semana Santa; constituye una auténtica catequesis litúrgica, que no sólo explica el «contenido» de estas fiestas, sino que dispone para su celebración más genuina unidos a la comunidad eclesial. No olvidemos que las fiestas, que la liturgia, son parte de la catequesis, son una catequesis en acto y una fuente de catequesis; también, a través de las fiestas, la Iglesia profesa cuál es su fe, esa fe que «entrega» a los catequizandos a través de la catequesis, y, en nuestro caso, a través de los catecismos.

3. *El Catecismo «Jesús es el Señor».*

Destinado a niños de 7-8 años, este Catecismo «se dirige fundamentalmente a la catequesis de la iniciación cristiana en el seno de la Iglesia»¹¹⁰. Es este aspecto de «iniciación cristiana en el seno de la comunidad eclesial —la parroquia, p. e.—» un concepto clave en estos momentos para entender este libro de fuentes o «documentos de fe». Y digo que es clave por varios motivos. Como he señalado en otro momento, el catecismo «Padre Nuestro» tiene más el carácter evangelizador y misionero, de primer anuncio —con todas las matizaciones que en nuestro caso haya que caer a estas expresiones—. Para seguir con una «cierta» lógica de las etapas del proceso de

109 'Presentación de los...', 607-8.

110 Ibid. 608.

evangelización hasta conducir a los sacramentos de iniciación cristiana y a la edificación de la comunidad, el segundo, «Jesús es el Señor», viene a situarse en esa fase de un itinerario con «inspiración catecumenal» en que se hace entrega del «todo» de la fe eclesial y bautismal, se ahonda en las actitudes evangélicas y se conduce directamente a la participación en la celebración sacramental.

Esto queda expresado en la introducción general¹¹¹, que no en balde está firmada por «vuestros Obispos», a quienes corresponde esa transmisión íntegra de la fe eclesial que se profesa en la confesión de fe bautismal. Esta introducción, en efecto, marca el sentido eclesial de la iniciación —el seno de la «familia que es la Iglesia, formada por los discípulos de Jesús» y presidida por los sucesores de los apóstoles es el origen, lugar y meta de esa iniciación—; señala que se intenta el que los niños conozcan el misterio de salvación y se ejerciten en la forma de vida evangélica que es el amarse con un solo corazón, y se acerquen a la Eucaristía:

«Vosotros sois los hijos más pequeños en esta familia que formamos todos los discípulos de Jesús. Por eso, nosotros, que somos vuestros padres y hermanos mayores en esta familia que es la Iglesia, queremos que crezcáis y lleguéis a ser amigos de Jesús. Para ayudaros hemos preparado este Catecismo. "Jesús es el Señor" es el título de este pequeño libro, porque así podréis aprender, cada día mejor, que Jesús es nuestro Señor, y que es El quien nos ha enseñado que somos hijos de Dios y que el Espíritu Santo nos reúne y nos hace pensar lo mismo y amarnos con un sólo corazón. Poco a poco, iréis dándoos más cuenta de cómo vivimos los cristianos la Eucaristía que Jesús nos mandó celebrar. Y un día, os acercaréis, con los mayores, a comer su Cuerpo. Ese día será un gran acontecimiento en nuestra comunidad porque son *dichosos los llamados a la Cena del Señor*. Con este libro queremos ayudaros también a comprender la importancia de esta fiesta»¹¹².

En continuidad con el primer Catecismo, y apoyándose en él, el Segundo Catecismo tiene una marcada «inspiración catecumenal». Según ésto, es básicamente una iniciación en la realidad desbordante del misterio de Cristo. En su centro y en su desarrollo «encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, "Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros. Jesús es "el camino, la verdad y la vida", y la vida cristiana consiste en seguir a Cristo... (con este Catecismo) se trata de des-

111 Conferencia Episcopal Española «Jesús es el Señor»... (lo citamos con las siglas JS y la página correspondiente) JS 5.

112 JS 5.

cubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en El. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por El mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su misterio... (el fin de este Catecismo es poner a los niños) en contacto, en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo El puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad»¹¹³.

Este misterio de Cristo, objeto y contenido del presente Catecismo, es el Misterio total: Cristo y la Iglesia; no Cristo sin la Iglesia, o la Iglesia sin Cristo, porque Cristo es con la Iglesia: «No se puede creer en Cristo sin creer en la Iglesia "Cuerpo de Cristo" ... La fidelidad a Cristo implica fidelidad a la Iglesia»¹¹⁴. Concebido y presentado de esta manera integral el misterio de Cristo, el Catecismo "Jesús es el Señor" forma una unidad armónica en todo su conjunto, de tal manera que no podemos ver cómo dos compartimentos-estancos en cada una de las partes que lo componen, ni separarlas ni oponerlas: La primera parte se titula «queremos conocer a Jesús», y la segunda «Jesús está con nosotros».

Es un Catecismo «denso» de contenidos, con una fuerte carga doctrinal, en el sentido más noble del término. Creo que nadie debe extrañarse de este aspecto, si se tiene en cuenta la inspiración catecumenal de este Catecismo, ya que, entre las dimensiones que implica esta inspiración, está la «iniciación orgánica en el *conocimiento* del misterio de Cristo y del designio salvador de Dios, con toda su profunda significación vital para la vida del hombre... Se trata del *conocimiento de la fe*: integra nociones, valores, experiencias, acontecimientos..., en una relación personal y sapiencial. Este conocimiento es el elemento fundamental y director de todo proceso catecumenal» que, en absoluto, se puede minusvalorar o despreciar¹¹⁵.

No se trata de una transmisión de una serie de conocimientos abstractos y deductivos, de unos contenidos nocionales, sino que se trata de una tradición viva del «conocimiento de la fe» que es donde radica la vida eterna: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo»¹¹⁶.

Este conocimiento, que no es un saber cualquiera, y esta tradición, que no es un sistema o una ideología, no es posible sin mediaciones. Y mediaciones son las que utiliza el Catecismo: relatos evangélicos, confesiones de fe, fórmulas cristológicas, oraciones, doxologías...; todas ellas en un clima enteramente bíblico-litúrgico que «subraya la referencia esencial de la fe

113 CT 5.

114 Juan Pablo II, *Discurso a los teólogos españoles en el aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca* (1.11.82) n. 5.

115 CC 85, p. 41; cf. 86, p. 42.

116 Jn. 17, 3.

cristiana a los acontecimientos salvadores, en *tanto* nos son transmitidos en un lenguaje determinado de la tradición original mantenida por ellos»¹¹⁷, dentro de la comunidad de fe; comunidad que hace «entrega de la fe» que profesa, narrando-testimoniando los acontecimientos salvadores originales y confesando su actualidad y sentido en el momento presente, abierto y creativo. Este aspecto de *traditio*, entrega y recepción, que tiene su expresión más clara en la profesión bautismal, caracteriza este Catecismo, que, no en vano, comienza recordando el Bautismo.

«Jesús es el Señor» consta de:

- una introducción —«Hemos sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»¹¹⁸;
- dos partes —«Queremos conocer a Jesús» (1ª), «Jesús está con nosotros» (2ª);
- un epílogo —«La oración de la Iglesia»¹¹⁹.

«La introducción es una evocación del Bautismo. Conduce al niño a la renovación del compromiso bautismal, de cara a la iniciación en la Eucaristía y en la Penitencia»¹²⁰.

No podemos extrañarnos de este comienzo, sino que hemos de ver en él como el punto de arranque que da sentido a todo el desarrollo posterior. Estamos, digámoslo una vez más, ante un libro para la catequesis de iniciación de los niños; tal catequesis «no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en *iniciar a toda* la vida cristiana»¹²¹, inculcándoles el sentido de su verdad e identidad específica¹²². Esta catequesis, que tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe»¹²³, es «esencialmente, un *acto eclesial* que, partiendo de la fe de la Iglesia, transmite esa fe a los catecúmenos».

El mensaje de la catequesis se determina tomando como punto de referencia la confesión de fe bautismal —*traditio-redditio fidei Ecclesiae*—. La identidad del cristiano es fruto del don de Dios que configura al hombre de un modo nuevo; por ello, «la identidad cristiana tiene su origen de una vez por siempre en la gracia del Bautismo, que echa los cimientos de una nueva existencia... El Bautismo celebrado en la Iglesia es un nuevo nacimiento. ...No nacemos cristianos. Es Dios quien hace a los hombres

117 CC 143, p. 66.

118 JS 6-12.

119 JS 79-109.

120 'Presentación de los...', 609.

121 CT 33.

122 MPD 15.

123 MPD 8.

cristianos, dándoles, por la fe y el Bautismo, la gracia de un nuevo origen. El bautizado queda insertado en el plan salvador de Dios en Cristo: al nacer de nuevo del agua y del Espíritu, queda orientado a seguir un itinerario vital que, de suyo, es opuesto a cualquier proceso de retorno o «vuelta atrás». La trayectoria existencial iniciada en el Bautismo, no puede volver a originarse una y otra vez, aunque puede y debe restaurarse y recrearse a través de una constante conversión». La irrevocabilidad de la vida cristiana se funda en Cristo, y, en último término, en el amor gratuito de Dios; esta irrevocabilidad no condiciona la libertad personal; por eso el bautizado recibe libremente el don de Dios. En consecuencia, «una catequesis que no recalque en toda su fuerza el carácter gratuito de la iniciativa de Dios, la libertad de la respuesta del hombre, la vinculación definitiva del bautizado a Cristo y a su seguimiento no es una catequesis que respete, afiance y desarrolle la verdadera interpretación de la identidad cristiana»¹²⁴.

Esta serie de principios expresados en documentos recientes del magisterio eclesial y, singularmente, en el reciente documento «La catequesis de la comunidad», de los Obispos españoles, son criterios inspiradores del capítulo introductorio del Catecismo «Jesús es el Señor». En efecto, el Catecismo se presenta a través de este primer núcleo como un acto eclesial que parte de la fe de la Iglesia y la transmite: «nuestros padres nos han contado... El día que nos bautizaron, los discípulos de Jesús nos acogieron con mucha alegría en la gran familia de los cristianos, que es la Iglesia... (Narra seguidamente de forma sumaria toda la celebración del bautismo). El día de nuestro Bautismo, el sacerdote, en nombre de la Iglesia, dijo a nuestros padres y padrinos: «Confesad vuestra fe en Cristo Jesús que es la fe de la Iglesia». (Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia). Hoy el sacerdote, en nombre de la Iglesia, nos dice también a nosotros que confesamos esta misma fe (y sigue la profesión de fe bautismal)»¹²⁵.

El Catecismo pretende iniciar en toda la vida cristiana y posibilitar la realización de la identidad cristiana específica, que tiene su origen en el Bautismo: «Cristiano quiere decir discípulo de Jesucristo (que) es quien sigue a Jesús porque cree en El y ha recibido su Bautismo». Los padres «manifiestan que están dispuestos a enseñarles a conocer el Evangelio, a rezar como discípulo de Jesús y a vivir como El vivió» (rasgos todos que recuerdan los propios de la identidad cristiana y a la primitiva comunidad de Hechos 2, 42). Por el Bautismo, Dios Padre nos hace hijos suyos y discípulos de Jesús, y nos da el gran regalo del Espíritu Santo. Por el Bautismo entramos a formar parte de la Iglesia, la gran familia de los que siguen a Jesús... y nacemos a una vida nueva». «Mirad qué amor nos

124 Cf. CC 160-63, pp. 77-79.

125 JS 6-10.

ha tenido Dios Padre, para llamarnos hijos de Dios, ¡pues lo somos!»... «Nos ha dado un camino para llegar hasta El... es Jesús, su Hijo. Gracias a El podemos vivir como hijos de Dios»¹²⁶.

La catequesis, el Catecismo, tienen su origen en la confesión de fe y a ella conduce: el partir de la fe eclesial y conducir a la confesión de fe eclesial es algo que queda diáfano en este tema introductorio, no sólo por el apartado «Esta es *nuestra* fe, esta es la fe de la *Iglesia*»¹²⁷ y por otras alusiones indirectas, sino porque se insinúa que el Catecismo va a tender a esta profesión, cuando se dice, al final: «queremos conocer a Jesús»¹²⁸, que es el origen y fundamento de nuestra fe y el camino de Dios al hombre y del hombre a Dios; o cuando se explica «qué es confesar o profesar la fe cristiana»: «Confesar o profesar la fe cristiana es decir en voz alta, ante la Iglesia, que creemos en Dios Padre, en su Hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo. También profesamos la fe cristiana cuando, ante los demás hombres, decimos que somos cristianos y vivimos como discípulos de Jesús»¹²⁹. Es esta confesión de fe bautismal la que va a desarrollar precisamente el presente Catecismo.

Queda resaltada la irrevocabilidad del bautismo y la trayectoria existencial que en él se inicia, fundada en Cristo y en el amor gratuito de Dios: «nacemos a una vida nueva... nos hace hijos de Dios... Dios Padre, Creador de Cielo y tierra, Padre de nuestro Señor Jesucristo es misericordioso y fiel. Es cariñoso con todas sus criaturas, pero, sobre todo, siente una gran ternura por los hombres. Nos ama tanto que, en el Bautismo, nos da vida nueva por su Hijo Jesús» ... «Gracias a El (Jesús) podemos vivir como hijos de Dios»¹³⁰.

Y lo mismo queda expresada la libertad del hombre: «Para celebrar el Bautismo las familias van al templo llevando a los niños que *quieren* bautizar», «los padres llevan a sus hijos... piden... manifiestan que están dispuestos... Y entonces el sacerdote baña al niño...»¹³¹.

Este capítulo introductorio, fundamental por lo que venimos diciendo, recoge también todo lo que ha supuesto el primer Catecismo; sirve de unidad y puente con aquél. Pero hay más: la «catequesis que da sentido a los sacramentos, a la vez recibe de los sacramentos vividos una dimensión vital que le impide quedarse en meramente doctrinal, y comunica al niño la alegría de ser testimonio de Cristo en su ambiente de vida»¹³².

126 Cf. JS 6-11.

127 Cf. JS 10.

128 JS 11.

129 JS 9.

130 Cf. JS 9 y 11.

131 Cf. JS 6, 8.

132 CT 37.

Al comenzar con este capítulo, el segundo Catecismo de infancia, impondrá una dimensión más vital a la catequesis ulterior, la alejará de intelectualismos, nocionísticos y abstractos; la catequesis que de él se derive no deberá ser una instrucción o un aprendizaje de meras fórmulas o prácticas de vida, sino la actualización de ese Bautismo vivido, con todo lo que hemos visto que comporta. Frente a cualquier tentación de ver en este capítulo una pretensión de resucitar un «sacramentalismo de cristiandad», hemos de ver en él todo lo contrario: el reflejo de una Iglesia evangelizadora que lleva a cabo un proceso de catequización como «período intensivo del proceso evangelizador, en que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino, al que han dado su adhesión, y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del Evangelio. Esta formación cristiana —integral y fundamental— tiene como meta la confesión de fe»¹³³; y con una confesión de fe terminan tanto la primera¹³⁴ como la segunda parte¹³⁵, así como con la presentación del ritual de la Eucaristía que es la profesión de fe por excelencia de la comunidad eclesial¹³⁶.

Y a entrar en el ahondamiento de esta profesión de fe bautismal en el Misterio íntegro de Cristo impulsa la última parte de nuestro capítulo introductorio, tras haber ayudado a los niños a descubrir y recordar su identidad específica, evocando su bautismo:

«¡Queremos conocer a Jesús!
Sí, nos gustaría conocer a Jesús,
conocerle de verdad:
escucharle con nuestros oídos,
verle con nuestros ojos,
tocarle con nuestras manos.

¿Cómo podremos hoy conocer a Jesús?
Nos lo enseña la Iglesia.
Ella nos descubre
que Jesús es la luz, la alegría,
la fuerza, la paz,
el alimento de nuestra vida.
Con todos los cristianos,
nosotros podremos decir también:

*“Jesús es el Señor”»*¹³⁷.

133 CC, p. 171.

134 Cf. JS 47.

135 Cf. JS 77.

136 Cf. JS 87-102.

137 JS 12.

A este deseo —necesidad o urgencia sentida por los chicos— responde la primera parte: «Queremos conocer a Jesús». «Es una presentación de Jesús que revela al Padre y da el Espíritu, dando a conocer así el misterio de la intimidad de Dios, la Santísima Trinidad.

Este Catecismo, *en su primera parte*, presenta a Jesús como hombre entre los hombres a quien sus discípulos, a partir especialmente de sus milagros, reconocen como enviado de Dios (Mesías) y confiesan como su Señor y su Dios. La Muerte y Resurrección del Señor ocupan un lugar particularmente importante en esta sección del Catecismo. Se ha procurado que la doctrina sobre Jesús «Dios y hombre verdadero», armonice la figura del Jesús histórico que nos ofrecen los Sinópticos con la realidad del Hijo de Dios pre-existente que muestran tanto san Pablo como el Evangelio de san Juan. También en esta primera parte se comienza a educar la conciencia moral del niño, destacando las «exigencias morales correspondientes al Evangelio» (CT 29) e iluminando desde ellas el Decálogo»¹³⁸. Así se expresaba la Comisión Episcopal de Enseñanza en su informe a la XXXV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Esta parte primera comienza con una brevísima síntesis de la historia de salvación del Pueblo de Israel que esperaba al Enviado de Dios para salvarle y darle la libertad. Aunque el sentido histórico de los niños de esta edad es escaso, el Catecismo quiere iniciar e introducir en esa Historia de salvación; más aún, quiere presentar a Jesús, tal y como aconteció, inmerso enteramente en medio de y como centro y culmen de una Historia de promesa y de salvación, donde se manifiesta tanto el amor salvador de Dios, como la expectativa de salvación y esperanza por parte de los hombres, en concreto de Israel.

El género narrativo, que va a ser característica de toda esta parte primera, aparece enteramente en este tema, que, junto con el siguiente, se encuadra dentro del tiempo litúrgico del Adviento¹³⁹. El género narrativo nos indica un *sentido histórico-kerigmático* que traspasa todo el Catecismo, con lo que ésto significa; nos indica, asimismo, que se sitúa a un nivel de *confesión-testimonio de la comunidad eclesial* y que *se remite a los relatos fundantes*, sin los que apenas nada sabríamos de esa historia de salvación, nada de Jesús y no podríamos entrar en relación con El¹⁴⁰.

Al no entrar «ex abrupto» presentando a Jesús, y al pretender, por otra parte, presentarlo en su realidad total, histórica y humana al mismo tiempo que divina, era preciso comenzar con este tema que recoge la situación y esperanza de liberación de todos los hombres y de los mismos niños.

138 'Presentación de los...', 609.

139 Cf. JS 16.

140 Cf. CC, p. 66.

Sin querer entrar en el aspecto antropológico, que corresponderá a otro artículo en otro número de esta misma revista, en este tema, como en los demás, en el *relato* se descubren las experiencias normales y profundas de los hombres de todos los tiempos, los de hoy, y, de modo particular, la de los chicos; expresiones como «pueblo pequeño», «fijarse en», «aliado», «esperanza», «luz», «sol», «tristeza», «miedo», ...son todo experiencias y situaciones de los niños. A través de los relatos, hemos de descubrir incesantemente la vida de los chicos; los relatos no están yuxtapuestos artificialmente a ella, sino que se refieren al sentido último de la existencia y la iluminan, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio ¹⁴¹. No descubrir esta faceta y no resaltarla sería manipular este Catecismo.

En los temas sucesivos nos presenta la figura histórica de Jesús ¹⁴² desde su anunciación y nacimiento hasta su muerte y resurrección. En esta presentación de la figura histórica de Jesús, sigue principalmente los relatos de los Sinópticos, lo cual es un dato a destacar; lo mismo que es para destacar el que la presentación de la Iglesia (2ª parte) se haga principalmente a partir del libro de los Hechos.

No ofrece una biografía sobre Jesús, y, sin embargo, nos presenta la trayectoria personal histórica de su vida, en cuya narración va desvelando la personalidad total de Jesús, quien con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino» ¹⁴³.

Así presenta a Jesús, *hombre entre los hombres*: nació en Belén, fue a vivir a Nazaret con María y José, allí *creció como uno de nosotros*. Jugaba con los demás niños, aprendía, obedecía a María y José y rezaba con ellos. Nació y vivió pobre. Al hacerse mayor, aprendió a trabajar con sus manos y convivía con sus vecinos como un buen amigo: hizo lo que su Padre Dios quería de El. *¡Cristo es de nuestra familia! ¡No se avergüenza de llamarnos hermanos! Es hombre de nuestra raza, paisano de nuestra tierra»* ¹⁴⁴. «Jesús es un hombre como nosotros: los discípulos de Jesús sabían que El era hijo de María y vecino de Nazaret, un hombre como ellos. Jesús se fatigaba, tenía sueño y dormía, lloraba y se alegraba como los demás hombres... trabajó como trabajamos los hombres, sufrió como sufrimos los hombres y amó con corazón de hombre. Es uno de los nuestros: es de nuestra raza humana» ¹⁴⁵.

141 Cf. CT 22.

142 Cf. JS, temas 2-10.

143 DV 4.

144 JS 17.

145 JS 31.

Este hombre, Jesús, cuando tenía unos treinta años empezó a recorrer las aldeas, los pueblos y las ciudades de Palestina anunciaba a la gente la Buena Noticia, el Evangelio: «Dios es mi Padre y es también vuestro Padre. Todos los hombres sois hermanos. Este es el camino de la verdadera felicidad: dichosos los pobres, dichosos los que tratan con amor a los demás, dichosos los que siembran la paz, dichosos los que tienen un corazón bueno y limpio, dichosos los que no se avergüenzan de ser amigos míos, dichosos aquellos que son perseguidos por causa mía. Conmigo ha comenzado el Reinado de Dios: ha llegado la paz, la justicia, la verdad, el amor y la salvación. Dios nos quiere salvar a los hombres»¹⁴⁶.

Jesús no sólo se presenta anunciando una Buena Noticia, sino realizándola en su persona y por sus obras: El hace cosas admirables —curar a los enfermos, dar vida a los muertos, calmar la tempestad—. «Al hacer estas cosas, Jesús quería decirnos que con El ha llegado el Reino de Dios»¹⁴⁷. Tiene una manera muy concreta de actuar, pasa por el mundo haciendo el bien: ama y acoge a los pobres, se compadece de los que sufren, perdona a los que han pecado, come con los pecadores, es misericordioso¹⁴⁸. Ora de una manera especial, habla con Dios llamándole Padre, tratándole con tanta confianza como nadie lo ha tratado¹⁴⁹.

«Mientras Jesús vivió aquí en la tierra, llamó a algunos a vivir como El. Decía: "Ven y sígueme". Algunos no se atrevían a seguir a Jesús y se iban tristes. Otros se fiaban tanto de su palabra que lo dejaban todo y le seguían. Estos se llenaban de alegría porque habían encontrado un tesoro: El Reino de Dios»¹⁵⁰. El indicaba qué quiere Dios de los hombres: «amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como uno mismo». Y este amor es el que El encarnaba en su vida: «Y hasta tal punto amó Jesús a los hombres que dio su vida por ellos: y así nos enseñó cómo quiere Dios que los cristianos amemos al prójimo»¹⁵¹. El se presenta con un nuevo mandamiento: «Amaos unos a otros como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si os amáis unos a otros. Muchas otras cosas enseñaba Jesús a las gentes y sigue enseñando hoy»¹⁵².

Ante este Jesús, hombre entre los hombres, que actuaba de tal manera y con tal comportamiento, que decía tales cosas, que hacía cosas tan admirables y hablaba de tal manera de Dios y a Dios, surge la pregunta: «¿quién

146 JS 19.

147 JS 21.

148 JS cf. JS 22.

149 Cf. JS 23.

150 JS 24.

151 JS 26.

152 Cf. JS 27.

es este hombre? ¿Cuál es su secreto?»¹⁵³. Es muy sugerente cómo introduce a los niños el Catecismo en la pretensión o secreto de Jesús:

«Los *amigos* de Jesús,
al *convivir* con El,
veían que era un hombre como ellos.
Pero, *poco a poco*,
al ver las cosas tan admirables que hacía,
iban descubriendo
que Jesús era más importante
que los antiguos profetas
y los reyes más famosos del pueblo de Israel.
Y se *preguntaban*:
¿Quién es este hombre?»¹⁵⁴.

Quiero destacar los subrayados que he colocado en el texto, porque son expresión de la pedagogía que el mismo Catecismo lleva a cabo para el descubrimiento, identificación y seguimiento de Jesucristo. Se trata de un proceso, que requiere su tiempo —«poco a poco»— un «simpatizar» con El —«convivir»—, llegar a quererle e interesarse por El —«amigos»—; es un proceso de descubrimiento y ahondamiento en la persona de Jesús por las obras que hace, las palabras que dice, los gestos que tiene; pero es un descubrimiento que no es fruto de un estudio sino de un «*ver*» una realidad que produce «*admiración*» y hace surgir una *pregunta*, o mejor, que interroga directamente. Los discípulos vieron —fueron testigos oculares—, se dejaron cuestionar, algo importante se produjo en ellos.

En los niños destinatarios del Catecismo se da, como digo, un proceso similar aunque con variantes sustanciales:

«Cuando ahora nosotros *oímos* las cosas
que Jesús hizo
nos preguntamos asombrados:
¿Quién es este hombre
de quien nos hablan los cristianos mayores?
Jesús daba a conocer poco a poco su secreto»¹⁵⁵.

Las variantes están, sobre todo, en el «oír»; en el escuchar quién es aquel Jesús «de quien nos hablan los mayores». Es el camino del testimonio de aquello que Jesús hizo y que se transmite por la palabra de los testigos que ininterrumpidamente forman una Tradición viva. No es el

153 Cf. JS 32-34.

154 JS 32.

155 JS 33.

camino que «invente» un Cristo a la medida de la vivencia de los chicos, sino el camino de la aceptación y reconocimiento de un testimonio de «algo que nos es dado y de lo que no podemos disponer». Se subraya así la referencia esencial al acontecimiento salvador o acontecimientos fundantes salvadores. Sólo desde esa *audición* de «eso que Jesús hizo», testificado por la fe del Pueblo de Dios que se transmite de generación en generación, es posible preguntarse con *asombro* sobre quién es «este hombre». Y el asombro, lo mismo que la admiración, son dimensiones que apuntan a la profundidad y a la trascendencia y son trasuntos de lo divino.

Es precisamente «eso divino» el secreto de Jesús, el Hijo de Dios. Esta realidad divina de Jesús ya va apareciendo en el Catecismo desde el segundo tema: «hizo siempre lo que su Padre Dios quería de El»¹⁵⁶; «Dios es mi Padre y también es vuestro Padre»¹⁵⁷; «conmigo ha comenzado el Reino de Dios»¹⁵⁸; «al hacer estas cosas, Jesús quería decirnos que con El ha llegado el Reino de Dios, y que *creamos y confiamos en El*»¹⁵⁹ (se «cree» y se «confía» en Dios); «es misericordioso como Dios, su Padre, que ama a los pobres y perdona a los que se alejan de El»¹⁶⁰; «Jesús conoce mejor que nadie el amor fiel de Dios. Lo sabe porque nadie conoce mejor el corazón de un Padre que su propio Hijo»¹⁶¹. Este Jesús que «trabajó como trabajamos los hombres es el Hijo de Dios»¹⁶², «el Hijo único de Dios, verdadero Dios como su Padre; por nosotros los hombres y por nuestra salvación se hizo hombre, naciendo de María, la Virgen»¹⁶³.

Siguen después los capítulos dedicados a presentar el culmen de la vida de Jesús: Jesús murió en la cruz pero ha resucitado¹⁶⁴. El relato-narración se va entremezclando con confesiones-testimonios de fe que son como kerigmas-resúmenes de estos acontecimientos centrales¹⁶⁵; testimonios y anuncios que son aceptados por nosotros —tanto los mayores como los niños—, que nos hacen prorrumpir en alabanza y gozo:

«También nosotros creemos esta gran noticia y exclamamos: ¡Aleluya, Aleluya! Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. ¡Aleluya, Aleluya!»¹⁶⁶.

156 JS 17.

157 JS 19.

158 Ibid.

159 JS 21.

160 JS 22.

161 JS 23.

163 Cf. JS 31.

164 Cf. JS capítulos 8-11.

165 Cf. JS 39, 40, 41, 42.

166 JS 43.

La obra de Jesús culmina con la donación y envío de su Espíritu en Pentecostés: Espíritu que es presentado en su realidad dinámica, en acción, actuando y haciendo en la vida y en la historia de la Iglesia y de los hombres¹⁶⁷. Es este Espíritu Santo el que hizo comprender a los Apóstoles la identidad de Jesús y aclamarle diciéndole:

«¡Jesús, tú eres nuestro Señor y nuestro Dios!»¹⁶⁸.

Notemos que esta identidad de Jesús aparece también como respuesta a memorizar por los niños ante una pregunta que se les formula; una vez más el conocimiento de la fe no aparece como un conocimiento esencialista o de ideas «sobre», sino como una confesión que implica a la persona entera. Y es que a la persona entera implica el conocimiento de Jesús, que nos ha revelado «que la vida de Dios es amor, un misterio de amor: Dios es amor. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se aman tanto y están tan unidos entre sí que son un solo Dios»¹⁶⁹.

Esta es la Buena noticia de Jesús que la comunidad de los cristianos nos sigue anunciando hoy¹⁷⁰; «nosotros le aclamamos con estas palabras: ¡Bendito seas, Jesús! Tú eres nuestro Señor y nuestro Dios. Te damos gracias porque has querido que los pequeños sepamos esta cosas»¹⁷¹. Con estas palabras, prácticamente, finaliza la primera parte, haciendo así partícipes a los niños, a los pequeños, de verdades y vivencias que están ocultas a los sabios.

La *segunda parte*, titulada «Jesús está con nosotros», se dedica a la iniciación de los catequizandos en el sentido de la Iglesia: «Los discípulos de Jesús». Como señalamos más arriba, no podemos ver esta parte en paralelo con la anterior o como totalmente distinta a ella. Como su mismo título indica, es la presencia de Jesús resucitado, hoy, y a lo largo de los siglos de la historia de esa gran familia que formamos los discípulos de Jesús y que llamamos Iglesia.

En línea con la primera parte y la lógica de todo el Catecismo, presenta la Iglesia histórica, de una forma narrativa, apoyándose, como ya indicamos en el libro de los Hechos. El Catecismo, para presentar la realidad eclesial mira a sus orígenes, a esa realidad fundante y normativa que constituye la Iglesia apostólica primera a la que es preciso referirse para encontrar hoy nuestra propia identidad como discípulos de Jesús, como Iglesia.

167 Cf. JS 44-46.

168 JS 47.

169 JS 48.

170 Cf. JS 19.

171 JS 47.

«Hoy somos nosotros los discípulos de Jesús»¹⁷², cuyos signos de identidad —lo mismo que la comunidad eclesial— vienen expresados destacadamente en el libro de los Hechos 2, 42 y que el Catecismo traduce ajustadamente de la siguiente manera:

«A los cristianos de ayer, de hoy y de mañana, se nos reconoce porque:

- . confesamos la misma fe recibida de los Apóstoles, el mismo Credo;
- . rezamos la oración que Jesús nos enseñó, el Padre Nuestro;
- . celebramos la misma Eucaristía;
- . intentamos amarnos y vivir unidos como el Señor nos mandó;
- . y somos enviados al mundo como testigos de Jesús.

Estas son las señales por las que se nos conoce como discípulos de Jesús»¹⁷³.

Dentro de esta parte dedicada a la Iglesia, como hace el Vaticano II, presenta la figura de *María, la Virgen*, «la Madre de Jesús, nuestro Señor y nuestro Dios. Ella es, en la Iglesia, la cristiana perfecta. Es nuestra Madre. Ayuda a todos los hombres y pide por ellos a Jesús, su Hijo»¹⁷⁴.

«Jesús, según su promesa, está siempre con nosotros, con los cristianos, hasta el fin del mundo»¹⁷⁵. De este modo, introduce, dentro de esta parte, la realidad de *los Sacramentos* de la Iglesia, en cuya celebración «nos encontramos con Jesús Resucitado y recibimos la gracia, la luz y la fuerza del Espíritu Santo»¹⁷⁶.

A los Sacramentos se dedican seis capítulos que constituyen una iniciación de los catequizandos en la vida sacramental. El acento principal se pone en la Eucaristía; se describe la acción Eucarística siguiendo las grandes líneas de la ordenación del Misal, se le presenta como una profesión de fe; la acción eucarística evoca y recuerda el Bautismo y confirma la identidad cristiana de la Iglesia y de los cristianos¹⁷⁷.

La doctrina sobre el pecado, el perdón de los pecados en la Iglesia y el Sacramento de la Penitencia se tratan en relación con el sacramento del Bautismo y de la Eucaristía e inspirándose en el Ritual de la Penitencia. El final de la segunda parte se destina a presentar, elementalmente la doc-

172 JS 52.

173 JS 53.

174 JS 54.

175 JS 57.

176 JS 57.

177 Cf. JS 58-65.

trina sobre la escatología¹⁷⁸ en relación con el Bautismo y la Eucaristía y utilizando un lenguaje metafórico.

Concluye esta segunda parte con una síntesis de fe a modo de recordatorio o memoria y con una acción de gracias que recoge esa misma síntesis y que, al mismo tiempo, constituye una confesión de fe:

«Recordamos todo lo que Jesús nos ha enseñado:

- . El Padre, Creador de todas las cosas, nos ama y nos ha hecho hijos suyos.
- . Jesús, su Hijo, Señor nuestro, nos ha reconciliado con el Padre y nos ha salvado.
- . El Espíritu Santo nos ayuda a caminar por la vida como discípulos de Jesús hasta llegar a Dios Padre.

¡Gracias, Señor! ¡Ahora conocemos: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!»¹⁷⁹.

Finaliza el Catecismo con un epílogo —«la oración de la Iglesia»— que recoge los rituales de la Penitencia —individual y comunitaria— y de la Eucaristía —Ordinario de la Misa— con las correspondientes explicaciones y un oracional. Hay que señalar que este epílogo no es una parte apéndice o de relleno; entra en toda la lógica del Catecismo como tradición de los documentos de fe; y documentos de fe hemos de considerar la oración de la Iglesia expresada en los rituales; al introducir estos rituales, además, se inicia a los chicos en la celebración litúrgica, que es una de las dimensiones de todo itinerario catecumenal.

IV. LA PEDAGOGIA DE LOS NUEVOS CATECISMOS

1. *Los Catecismos implican una pedagogía de la fe.*

Es necesario recordar que «el "Catecismo", libro del catequizando, es un *instrumento* que habrá de integrarse en el conjunto de elementos y de acciones que constituyen el *acto catequético*. Ofrecer la Palabra de Dios, evocar la experiencia humana, cristiana y eclesial, celebrar la fe, experimentar el impulso hacia un testimonio coherente de la misma en la conducta práctica y diaria son aspectos de un proceso rico y denso que no puede quedar reducido a la presentación del mensaje cristiano recogido en el Catecismo. El Catecismo no contiene todos los elementos que juegan en el

178 Cf. 'Presentación de los...', 609.

179 JS 77.

acto catequético»¹⁸⁰, ni tampoco presenta el desarrollo completo de un itinerario pedagógico-catequético.

El aspecto pedagógico, sin embargo, no es un elemento ajeno o extraño a los nuevos Catecismos. Estos, de suyo, implican una pedagogía de la fe; y no sólo la implican, sino que también la ponen de manifiesto: reflejan una pedagogía y reclaman una orientación pedagógico-catequética determinada, amplia y abierta, compatible con una necesaria pluralidad pedagógica, pero suficientemente concreta; sus valores, de hecho, pueden ser anulados o empalidecidos si son usados con una deficiente pedagogía de la fe —(una catequesis, por ejemplo, que consistiese en la «explicación» de estos Catecismos sería una utilización inadecuada y desfiguradora de la pedagogía de la fe subyacente a los mismos, ya que supondría una negación del sentido de estos instrumentos catequéticos—).

¿Cuál es, por consiguiente, esa orientación pedagógica que implican y ponen de manifiesto estos nuevos Catecismos? De una manera general; tienen como modelo de referencia y criterio de inspiración la pedagogía que Dios ha seguido al revelarse a los hombres. De todos es sabido que esta pedagogía se apoya en un *principio de convergencia dialéctica: fidelidad a Dios y fidelidad a los hombres al mismo tiempo, inseparablemente, sin confusión y sin dicotomías.*

2. Conexión entre mensaje cristiano y experiencias humanas y religiosas eclesiales de los niños.

Tanto el Catecismo «Padre Nuestro», como «Jesús es el Señor» apuntan a la *conexión entre mensaje cristiano y experiencias humanas de los niños*. Tanto uno como otro muestran que existe una correlación entre las dimensiones básicas del hombre —que en estas edades se manifiestan de una manera particular— «y la luz nueva que irradia sobre ellos la persona y mensaje de Jesucristo»¹⁸¹. Las experiencias humanas fundamentales de los niños no aparecen, ciertamente, formuladas de un modo explícito en ambos Catecismos, sobre todo en el Segundo. Sin embargo, las tienen presentes constantemente, como expresamente se refleja en las respectivas «Guías del educador»¹⁸². El mensaje cristiano, que transmiten los Catecismos, conecta no sólo con las experiencias vitales fundamentales, sino también con las experiencias de fe y de vida y pertenencia eclesiales que los

180 Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «Jesús es el Señor». *Segundo Catecismo de la Comunidad cristiana. Introducción pastoral y pedagógica* (EDICE, Madrid 1983) (lo citamos con las siglas JS.Int.P.) p. 6.

181 Idem, p. 23.

182 Cf. Idem, pp. 23-31.

niños descubren al ritmo de su inserción dinámica y progresiva en la comunidad cristiana.

La «entrega de la fe», que se intenta a través de estos instrumentos, no es en orden a que «aprendan o entiendan» simplemente su formulación, sino para que perciban todo su sentido y significación para la vida y la historia de los hombres en su situación concreta. Su mismo *género literario*, primordialmente *narrativo*, nos pone en la pista de que estamos ante unos instrumentos o mediaciones de la comunidad cristiana que recogen el *testimonio* de fe de ésta: el testimonio «de una realidad que le desborda y le trasciende— la experiencia de fe en el Cristo vivo, presente y actuante en la vida y en la historia humana—»¹⁸³, consiguientemente, con toda su significación vital.

La presentación que se hace del mensaje cristiano da luz a la vida de los chicos, esclarece su existencia, les orienta hacia las experiencias de mayor importancia, tanto personales como sociales, les desvela el sentido de su propio vivir, les lleva, en definitiva, a un descubrimiento de la vida —la suya y la de los otros— recordando la acción de Dios que obra nuestra salvación.

El Catecismo Primero es una sencilla revelación del Padre del Cielo que nos quiere y al que nos podemos dirigir con toda confianza; al desvelarles a los niños el misterio de Dios como Padre, les descubre el sentido de la vida como confianza. El anuncio y la percepción de la presencia cercana de Dios, amorosa y entrañable, así como el descubrimiento de que Dios Padre le conoce por su nombre, le mira, le acoge, le perdona, conducen al niño de esta edad a una maduración de su personalidad en un clima de confianza, al descubrimiento y percepción de su propia realidad personal necesitada de encuentro con otro, de compañía, de cariño, de seguridad de que no está sólo. Cuando este mismo Catecismo presenta al niño la obra de Dios y su don, el niño percibe la vida como regalo, como algo dado, y le abre así a un sentido de vida que es don y tarea confiada por Alguien ante quien podemos vivir y confiar; de este modo se le abren sus ojos a las realidades y experiencias de cada día: la vida, el crecimiento, el juego, la fiesta, el trabajo, las maravillas de la creación, el amor de los que le rodean.

El sentido cristológico de los Catecismos y la presentación que hacen de Jesucristo, sobre todo el Segundo, nos reflejan la experiencia humana de Jesucristo, no sólo como «alfabeto» de Dios sino también como «alfabeto» del hombre. La narración, por ejemplo, que hace el Segundo Catecismo del Jesús histórico en una especie de «in crescendo» hacia el descu-

183 Cardenal Arzobispo y Consejo Episcopal de Madrid-Alcalá, *Orientaciones diocesanas y planificación catequética* (Madrid 1979) p. 39.

brimiento de la pretensión y del misterio de Jesús que da sentido a toda su existencia, va simultáneamente desvelando las experiencias básicas de los chicos: familiares, de comunicación, del valor de la persona, de las relaciones con los otros, etc.¹⁸⁴. La presentación narrativa de Jesús está evocando las experiencias humanas que los niños viven a su modo, les lleva a una profundización de las mismas, les da sentido desde Jesús, la Palabra, y les enseña a vivirlas como las vivió Cristo, el Hombre enteramente nuevo. Al mismo tiempo que les descubre sus propias experiencias, les llama a transformarlas y reexpresarlas a la luz de este Jesucristo.

3. *Pedagogía de la búsqueda y del descubrimiento.*

Todo esto implica una *pedagogía de la «búsqueda y del descubrimiento»*. Sin ignorar que el mensaje revelado no es creación humana, ni propiamente un descubrimiento del hombre, al ser presentado y ofrecido adecuadamente en estos Catecismos se posibilita a los niños el que «busquen y descubran» el sentido que la fe tiene en sus vidas, y, por tanto, «busquen y descubran» el sentido que tiene su vida, las realidades que viven, se abran a ellas; pone en movimiento la búsqueda, la demanda, la interrogación; moviliza el deseo y provoca el gozo del descubrimiento, la alegría del hallazgo y del encuentro que se experimenta como don y no sólo como fruto de una tarea. «Los niños, al caer en la cuenta de que la Palabra de Dios incide en sus propias aspiraciones y vivencias, realizan, respecto a su vida, un *verdadero descubrimiento*. Tampoco podemos olvidar que entre las experiencias humanas de los catequizandos se encuentran también las *religiosas*. El acto catequético suscita esas experiencias de fe y de vida eclesial, al mismo tiempo que supone la comunicación de experiencias creyentes y eclesiales. «¿Hay otra forma de comunicar el Evangelio —se preguntaba Pablo VI— que no sea la de transmitir a otro *la propia experiencia de fe?*» (EN, n. 46). De esta manera, los catequizandos llegan a conocer de modo más pleno y personal ciertos aspectos del misterio cristiano, cuando, a través de un método activo, leen la Sagrada Escritura o los símbolos de la fe y reflexionan sobre las exigencias concretas de su vida de fe»¹⁸⁵. Así también, llegan a conocer y a vivir sus realidades cotidianas con sentido y hondura.

4. *Pedagogía personalizadora.*

Por esto mismo, los nuevos Catecismos implican una pedagogía que tiene en el criterio de *personalización* una base de apoyo fundamental. Reclaman una *pedagogía personalizadora*, una catequesis que esté en función y al servicio de las personas: de su crecimiento hacia la plenitud de vida

184 Cf. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, JS.Int.P., pp. 23-31.

185 Idem, p. 24.

humana y cristiana, de su edad, de sus capacidades. Los Catecismos, dado su carácter de libros de «documentos de fe» tienen un carácter universal y no se refieren a ningún sujeto en su concreción histórica y personal; sin embargo, exigen diferenciar la catequesis o procesos catequéticos según edad, situación, ritmo de aprendizaje y piden una metodología progresiva y gradual según la realidad de los niños catequizandos: necesidades propias, nivel personal de fe... La pedagogía subyacente a estos Catecismos se verá traicionada si no se considera suficientemente al catequizando en su realidad personal e intransferible a la hora de una catequesis concreta, de la que los Catecismos son un instrumento.

5. *Pedagogía de «iniciación».*

Como instrumentos, al servicio de una iniciación integral en orden a la maduración en la fe y en la vida cristiana, ofrecen los siguientes elementos que deben encontrar en los correspondientes itinerarios catequéticos un momento estructural y programado:

- . una presentación y aprendizaje profundizado de la fe cristiana;
- . una educación para la celebración y la liturgia;
- . una educación en la participación comunitaria;
- . una educación para testimoniar la fe en la vida diaria.

Estos cuatro elementos están armonizados en los Catecismos en una articulación tal que orienta un proceso pedagógico-catequético. Los Catecismos presentan sistemáticamente el mensaje cristiano empleando los principales lenguajes de la fe (bíblico, litúrgico, doctrinal, testimonial) y teniendo presentes las experiencias vitales y eclesiales básicas; desarrollan una comunicación de la fe eclesial, con lo que no sólo presentan la fe, sino que invitan a expresarla por la confesión de fe, la oración, la celebración y el testimonio creyente en la vida cotidiana.

De esta manera ponen de manifiesto, al mismo tiempo, que es necesario un proceso pedagógico-catequético que posibilite y desarrolle un verdadero itinerario de formación cristiana integral, en el que se articulen armónicamente las distintas dimensiones de la existencia cristiana. Por ello mismo, los Catecismos entrañan una pedagogía catequética favorecedora de la educación integral y progresiva de la fe. La catequesis que tenga en cuenta estos Catecismos habrá de superar la perenne tentación de acentuar alguna dimensión de la existencia cristiana, eclesial, en menoscabo de otras y tratará de que todas progresen coherentemente, creando un vínculo dinámico entre ellas.

A este respecto, cabe señalar cómo la pedagogía, inherente a los Catecismos, conjuga de una manera armónica las diferentes dimensiones de la

revelación¹⁸⁶, las distintas facetas de la existencia cristiana y de la vida de la comunidad eclesial¹⁸⁷, los diversos lenguajes de la fe¹⁸⁸, rasgos peculiares de la pedagogía divina, inspiradores de un talante propio de la catequesis¹⁸⁹.

6. *Los lenguajes catequéticos.*

Con esto queremos indicar que los nuevos Catecismos suponen una *pedagogía catequética que inicia en las distintas mediaciones, signos y lenguajes por los que la Iglesia se expresa. ¿Cómo articulan estos lenguajes? ¿Cómo llevan la iniciación en todos ellos? ¿Cómo expresan la unidad e interacción que se da entre ellos? ¿Cómo fomentan la unidad eclesial sin que se produzcan vacíos, desequilibrios u omisiones malformantes? ¿Cómo potencian la unificación-integración de los mismos catequizandos? ¿Cómo, por otra parte, se articulan estos lenguajes unificados y unificadores sin que supongan una yuxtaposición artificial a las realidades de los chicos a los que se dirige la misma y única Palabra de Dios con toda su actualidad y diversamente expresada en varios lenguajes? ¿Qué categorías permiten a los Catecismos estructurar un «sistema» de lenguajes concretos de fe que posibiliten una catequesis fiel a Dios y al hombre, de inspiración catecumenal, con una honda raigambre histórico-salvífica y comunitario-eclesial, y con una profunda significación existencial? Son muchos los interrogantes que nos planteamos y quizá no podamos dar una respuesta a todos ellos por separado. Las respuestas, incluso, no podremos encontrarlas directamente en los mismos Catecismos; será necesario acudir para responder a estas cuestiones al acto y al proceso catequético, inseparables e imbricados mutuamente; es en el ejercicio concreto de la catequesis donde podremos hallar respuestas a esas cuestiones.*

Ahora bien, ello no significa que los nuevos Catecismos no nos ofrezcan clave alguna para que podamos responder en la praxis catequética; si estos instrumentos catequéticos no aportasen estas claves, no pasarían de ser unos simples almacenes de citas o de documentos acumulados con más o menos orden; si en ellos mismos no se diese una articulación en interacción y una unidad entre los diversos lenguajes, su uso no favorecería el que se «utilicen» adecuadamente estos lenguajes en el acto y proceso y catequéticos.

186 Cf. CC, pp. 51-64.

187 Nos referimos a la palabra, la liturgia, la comunión, el servicio, la misión.

188 Lenguaje bíblico, litúrgico, testimonial, doctrinal (Cf. J. Audinet, 'Los lenguajes de transmisión de la Palabra de Dios', en AA. VV., *Por una formación religiosa para nuestro tiempo* [Marova, Madrid 1967] 57-73).

189 Cf. CC, pp. 105-13.

Una primera clave es que estos Catecismos nos sitúan ante una catequesis, como ya hemos dicho anteriormente, de «inspiración catecumenal» y de «corte iniciático»; nos ponen ante la necesidad de una catequesis entendida como proceso que favorece un genuino itinerario de fe; y nos proyectan hacia una catequesis con dimensión existencial o histórico-salvífica.

Una segunda clave es la concepción subyacente de catequesis como «actualización» eclesial de la revelación divina, como acto de Tradición viva —*traditio et redditio Evangelii in Symbolo et oratione*—, como comunicación de la fe eclesial; como Palabra, memoria y testimonio ¹⁹⁰.

Una tercera clave es el sentido eclesial; apuntan, de hecho, a una catequesis que tiene a la comunidad cristiana como su origen, lugar y meta. Y entienden esta comunidad como «la realidad histórica y visible de la Iglesia, hecha de palabra, de signos, de estructuras, de iniciativas prácticas, de relaciones personales que brotan de la comunión, manifiestan sus riquezas y revelan su vitalidad en todos los niveles de la existencia humana» ¹⁹¹. Reflejan la visión de una catequesis que brota de la comunión de fe con la Iglesia y conducen a ella. De ahí que la unidad e interacción de los «lenguajes» la sitúen en la «peculiaridad del lenguaje propio de la fe, en el que los creyentes se reconocen a sí mismos como tales, se expresan y se comunican» ¹⁹².

Finalmente, los Catecismos nos ofrecen la clave cristológico-trinitaria. Su cristo-teocentrismo es la clave última y fundamental para responder en la catequesis a los interrogantes anteriormente formulados: es la respuesta que, en concreto, nos ofrecen los mismos Catecismos.

Podrá decirse que estas cuatro claves quedan muy en la «teoría» y que es salirse por la tangente; que estamos respondiendo desde una «pedagogía catequética fundamental» pero no desde la concreción que supone el análisis de unos Catecismos determinados. La reserva podría ser muy cierta y, por ello, vamos a fijarnos en algunos puntos concretos para ver cómo se verifican dichas claves en nuestros Catecismos.

7. *El lenguaje narrativo como lenguaje de comunión eclesial.*

Fijémonos en el *lenguaje narrativo* de los Catecismos, y, de una manera especial, pongamos nuestra atención en el Segundo —«Jesús es el Señor»—. No es un mero recurso para hacer más «asequible» y menos «aburrido» o más infantil el contenido; no «cuentan» simplemente las «aventuras» de la vida de Jesús, como quien cuenta una película sin más: hablan de la historia de Jesús, narran los hechos de su vida en toda su significación, hacen una lec-

190 MPD 7-10.

191 CC, p. 136.

192 CC, p. 65.

tura de su vida que nos hace descubrir su sentido. De esta manera ponen en camino a los niños, ayudados por su catequista, hacia la significación de sus propias vidas y a percibir en ellas un sentido y a orientarse en él.

La narración constituye el elemento fundamental del Catecismo Segundo; tipográficamente es incluso destacada: ocupa la parte más amplia de cada página y va impresa en negro. Conecta así con el género de los «Credos históricos» del Antiguo Testamento (el mismo Credo cristiano, sobre todo en sus formulaciones más primitivas, es un Credo histórico); se inserta en el lenguaje propio de los anuncios kerigmáticos¹⁹³, los gozosos pregones de la predicación apostólica; se entronca en el mismo evangelio que es una narración de unos creyentes que han descubierto el sentido y la significación profunda de lo que ha acontecido en y por la vida de Jesús: los evangelistas narran, dicen a los otros lo que les ha ocurrido por la vida y acontecimiento de Jesús, cómo en ello se juega su destino y el de los otros, cómo tiene lugar dentro de su historia y de la Historia porque allí, en ese suceso que es Cristo, hay sentido.

Los Catecismos, o mejor, el Catecismo Segundo no constituye una centonización de textos, ni sigue linealmente ninguno de los evangelios en concreto, ni traza una biografía de Jesús; sino que sencillamente narra; y quien narra es la comunidad eclesial de hoy en fidelidad a lo que ha recibido. El hecho de que este Catecismo no cite siempre al pie de la letra al Evangelio, no es por recurso metodológico de evitar un lenguaje menos inteligible al niño, ni es por expresarse en un género más atrayente o en un decir más acorde con el niño de hoy; no es tampoco porque se «invente» un Jesús artificial que pueda «decir más» hoy a los niños. Es por tratarse pura y simplemente, de una comunicación de fe eclesial.

Bajo la forma de narración, «se presentan la persona y la obra de Cristo, el misterio de Dios, revelado por Jesús, y las realidades últimas o mundo nuevo hacia el que nos encaminamos. También bajo la forma de *relato* se intenta iniciar a los catequizandos en la Iglesia y en su vida sacramental. En uno y otro caso, la comunidad eclesial, transmisor de la fe, entrega ésta a los nuevos cristianos y les comunica, actualizándolas sus propias experiencias. Enlazadas con la narración, se ofrecen, además, doxologías, exhortaciones, acciones de gracias, etc.»¹⁹⁴.

Es verdad que el lenguaje bíblico es el más destacado: es el primer lenguaje que permite a los cristianos hablar un lenguaje común. Pero no es el único, ni es un lenguaje repetitivo; podemos decir que se encuentra configurado, de alguna manera, por un lenguaje eclesial que actualiza el lenguaje bíblico, facilita su comprensión y significatividad en el hoy de la

193 Cf. JS.Int.P., p. 9.

194 Idem, 9.

Iglesia; lee la Escritura, el Evangelio, desde la clave de lectura del Símbolo, del Padre Nuestro, y del Mandamiento del amor junto con las Bienaventuranzas¹⁹⁵. Así permite a los niños «recibir un "compendio de las Escrituras", tal como son leídas por el Pueblo de Dios, guiado por sus Pastores»¹⁹⁶. Por eso incorpora el *lenguaje formulado*, propio de los Símbolos de la fe; las formulaciones «pueden contribuir a que los niños sean introducidos en la *memoria y tradición del Pueblo de Dios*, al que pertenecen, al asimilarlas en la memoria de su corazón (*memoria cordis*). Son textos que habrán de ser "interiorizados y entendidos progresivamente en profundidad, con el fin de que sean fuente de vida cristiana personal y comunitaria" (CT 55). El Catecismo "Jesús es el Señor" quiere, por tanto, asumir el lenguaje de la Biblia y de la gran Tradición eclesial»¹⁹⁷.

De esta manera se expresa algo que es fundamental para toda pedagogía catequética: que «la Revelación no es una pura "x" transcendente del todo, que pueda aislarse del lenguaje en que originalmente se expresó e interpretarse desde cualquier lenguaje a mano, sin asegurarse de su coherencia con el lenguaje de los *origenes* y con el de su *genuina actualización* en la tradición abierta y mantenida por ellos»¹⁹⁸.

Con todo, el Catecismo «Jesús es el Señor» es primordialmente bíblico, sin caer en un fundamentalismo bíblico. En él se tiene muy presente que sin la mediación de los relatos evangélicos y de las fórmulas cristológicas apenas sabríamos nada de Jesús y no podríamos entrar en relación con Él. Por eso es importante subrayar «la referencia esencial de la fe cristiana a los acontecimientos salvadores, *en tanto* nos son transmitidos en un lenguaje determinado dentro de la tradición original mantenida por ellos»¹⁹⁹.

A través del género narrativo y de la introducción en el lenguaje propio de la fe, se inserta a los niños en la fe de la comunidad eclesial que se comunica de generación en generación. No se olvida, por ello, en el Catecismo que la «comunidad de fe implica esencialmente comunidad en el lenguaje, al menos en un mínimo de lenguaje que guarde la comunidad en la fe»²⁰⁰. El lenguaje narrativo, por otro lado, que implica una palabra de actualidad y de significación e inscrita en la historia, no permite que la catequesis que se apoye en este Catecismo caiga en la mera «explicación» del mismo, en una estéril memorización, o en el simple relato anecdótico.

El género narrativo, no exclusivo ciertamente, imprime al Catecismo

195 Cf. CC, pp. 120-21.

196 JS.Intr.P., p. 9.

197 Ibid.

198 CC, p. 66.

199 CC, pp. 66-67.

200 Ibid.

una orientación pedagógica que implica el devolver la dimensión histórica a nuestra catequesis, sacarla de la nocionalidad y darle temporalidad.

8. *Pedagogía histórico-comunitaria: La historia, los signos, el grupo. Método inductivo.*

Pide una *pedagogía que capacite a los niños cristianos para descubrir en la historia de la salvación de Dios*, para reconocer en su historia la presencia de Dios, para percibir que en la profundidad de esa historia hay una Palabra de Dios, una presencia de Vida Nueva que nace del Resucitado. Y, por ello, capacite, para interpretar unos sucesos, en apariencia neutros, como acontecimientos salvadores. Todo esto reclama una pedagogía catequética que sea sencilla, que no use de las sabias o artificiosas complicaciones de los saberes de este mundo, ni actúe con la pretensión de decir la última novedad. Una pedagogía que, apoyada y fundada en la condescendencia del Dios que habla desde lo ordinario, posibilite el descubrir y oír a este Dios en lo cotidiano y sencillo de la vida.

Con la pedagogía subyacente a la narración, los Catecismos, asimismo, superan «el *peligro de aislamiento*. La historia del grupo o la historia que está a nuestra vista y que podemos tocar con nuestras manos nos queda desgajada de la gran historia de los creyentes. Llegamos a ser islas en medio del tiempo y del espacio. La dimensión de *continuidad* y de *referencia al grupo creyente*, al pueblo elegido, a la Iglesia en marcha se pierde. Es necesario descubrir la relación que hay entre nosotros y los hombres que delante de nosotros han creído. Cuando se ha llegado al sentido de la historia no nos será difícil descubrir que, aunque las situaciones son diferentes, lo que se pone en juego en los hechos históricos es siempre el destino final del hombre. Es necesario llegar a decir: "también a nosotros nos pasa en estos hechos los hechos salvadores que vivió Israel y que vivieron los testigos de Jesús". Dar este paso es lo que nosotros llamamos romper el aislamiento»²⁰¹.

La perspectiva en la que se sitúa el Catecismo «Jesús es el Señor», no es posible sin una pedagogía de los signos que respete la trascendencia de Dios. «La pedagogía de los signos utilizará con provecho, el método inductivo, ya que éste «ofrece grandes ventajas» y «es conforme con la economía de la Revelación» (DCG 72). Consiste «en la presentación de los hechos (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, la vida de la Iglesia y la vida cotidiana), considerándolos y examinándolos atentamente a fin de descubrir en ellos el significado que pueden tener en el misterio cristiano» (DCG 72)²⁰².

201 A. Ginel Vielva, 'Punto de vista: dos problemas de la catequesis actual', *Teología y Catequesis* 4 (1982).

202 CC, pp. 112-13.

Los Catecismos dan mucha importancia a lo concreto, a lo histórico, y lo hacen para penetrar mejor en el misterio. Siguen y reclaman una pedagogía que, partiendo de los hechos abra al misterio. Así, ayudan:

- «a conocer lo más profundamente posible al Jesús histórico, las circunstancias concretas de su vida y de su muerte, para descubrir tras él al Cristo, el Hijo de Dios;
- a conocer la Iglesia histórica, concreta, en su historia de ayer y de hoy, en sus instituciones, con sus grandezas y sus defectos, para descubrir tras ella el misterio de la Iglesia, el signo de salvación que Dios ha dado al mundo;
- a leer los signos y símbolos litúrgico-sacramentales para descubrir la presencia viva y actual del Señor resucitado en medio de la comunidad;
- a bucear en su experiencia humana, en sus más hondas y radicales experiencias, para descubrir cómo tienen consistencia en el misterio de Cristo, que se une a todo hombre;
- a dejarse interpelar por el testimonio de tantos cristianos que descubren con hondura su fe, para descubrir en ellos la acción del Espíritu;
- a leer e interpretar los signos de los tiempos para descubrir tras "la presencia y los planes de Dios"» (GS 11).

Mediante esta pedagogía de los signos, la catequesis —a lo largo de todo el proceso catequético— trata de que el catecúmeno vea las cosas con una mirada nueva, con unos ojos nuevos: con la luz de la fe. Al transmitirle el mensaje del Evangelio le abre, al mismo tiempo, a una interpretación nueva de su propia vida y de la historia»²⁰³.

Esta misma perspectiva histórico-narrativa o kerigmático-antropológica del Catecismo, sitúa a la catequesis bajo el signo de una *pedagogía que asuma la comunitariedad del hombre y de la historia y la historicidad del mismo hombre*.

En consecuencia, la pedagogía catequética, que de estos Catecismos se desprende, es respetuosa con el proceso personal de fe de cada catequizando y le sitúa en un horizonte, como ya tantas veces hemos repetido, de itinerario de fe. «En el itinerario de fe se quiere cuidar una serie de elementos: la continuidad, la progresión, la participación, la radical experiencia, la síntesis gradual, la flexibilidad»²⁰⁴.

Y, en consecuencia también, la pedagogía catequética que inspira a estos

203 CC, Ibid.

204 A. Ginel Vielva, 'Punto de vista...'

Catecismos nos lleva a una pedagogía catequética que es imposible sin la dimensión comunitaria, sin el grupo. Unos instrumentos catequéticos, como estos Catecismos, que *narran* la experiencia de fe de la comunidad eclesial; que *testimonian* unos acontecimientos salvadores que sitúan la historia de la comunidad eclesial y la de cada creyente dentro de la Gran Historia; que *superan el peligro* aludido de *aislamiento* y *apoyan la dimensión de continuidad y de referencia a la comunidad eclesial*, comunidad creyente; que *colocan a la catequesis en clave de proceso catecumenal*; unos instrumentos así piden una *catequización en grupo* en que

- se cultive la dimensión comunitaria y el sentido de pertenencia a la Iglesia;
- se comparta la fe común;
- se exprese la experiencia en común de la fe de la Iglesia;
- se capacite a los catequizandos para «devolver» como *palabra propia* la *palabra* de fe *recibida*;
- se viva la experiencia de la riqueza insondable de la acción de Dios, que actúa de forma múltiple en los distintos hombres y que conduce por caminos plurales las vidas de las diferentes personas ²⁰⁵.

Finalmente, la catequesis en grupo que reclaman estos Catecismos no puede contentarse con el hecho de que sus miembros se conozcan y estén juntos. La tarea que se le da es mucho más importante; se trata de «reconocerse y apoyarse para reconocer la fuerza oculta» de Aquel que vive para siempre en la historia de la Humanidad, y de cuya presencia salvadora da testimonio la comunidad eclesial enraizada en una historia y portadora de una historia con sentido.

9. *Pedagogía del don.*

Por último, todo lo anterior nos aboca a un aspecto pedagógico muy presente en los Catecismos, principalmente destacado en el primero —«Padre Nuestro»—. Me refiero a una *pedagogía del don*, que descubre el carácter gratuito y sorprendente de la iniciativa divina, de aquello que *nos es dado e indisponible* ²⁰⁶. Todo lo cual nos abre a una *pedagogía de la admiración*, de la contemplación, de la atención meditativa, de la vigilancia, del asombro y de la experiencia como caminos hacia Dios ²⁰⁷. Un hombre que no se asombra, no ha llegado a percibir lo admirable y lo maravilloso, no tiene capacidad para lo gratuito, y lo que «adviene y sorprende»; sólo abarca una dimensión de la realidad; se halla apresado por una actitud que busca analizar y aprovechar y dominar el mundo; y se desentiende de todo

205 Cf. CC, p. 149.

206 Cf. CC, pp. 105-8.

207 K. Tillmann, *Asombro y experiencia...*

cuanto cae fuera de ese campo de interés; en consecuencia se torna ciego para un aspecto de la realidad, lo pasa por alto injustificadamente y se automutila. Una pedagogía que no despierte el sentido de gratuidad, admiración y sorpresa, incapacitará el despertar disposiciones para aceptar lo nuevo, abrirse al Misterio, salir de un horizonte cerrado en lo tangible y experimentable; una pedagogía que no despierte este sentido impedirá de alguna manera el que los catequizandos se encuentren con el gozo inefable de una existencia y un mundo donados, la presencia gratuita de un Tú inapresable, la encontradiza compañía de un Misterio de benevolencia, amor y gratuidad desbordante e infinita al que podemos llamar Tú y Padre, y ante el que nos percibimos como un yo libre que es llamado y tenido en cuenta como persona.

Esta pedagogía, presente en los Catecismos, *despierta el sentido de la iniciativa divina*, necesita crear y fomentar un clima propicio de oración, de interioridad, de silencio, de escucha, de sensibilidad a la acción de Dios en los catequizandos, en la historia, en los hombres, de atención a las invitaciones y llamadas de Dios. Esta pedagogía lleva a vivenciar los múltiples dones de Dios (la vida, el nuevo nacimiento en el Bautismo, el descubrimiento del Evangelio, la comunidad en la que se vive, ...), cuya actualización se traducirá en la plegaria de acción de gracias, en la respuesta agradecida y obediente.

Concluyendo, digamos que estos Catecismos de la Comunidad Cristiana para la infancia nos ofrecen una rica orientación pedagógico-catequética enormemente sugerente y rica en valores y matices que no podemos soslayar u oscurecer. Nos corresponde ahora el que su riqueza se haga realidad a través de procesos catequéticos concretos. Ahí tenemos un reto y una posibilidad.